

BOLSILIBROS

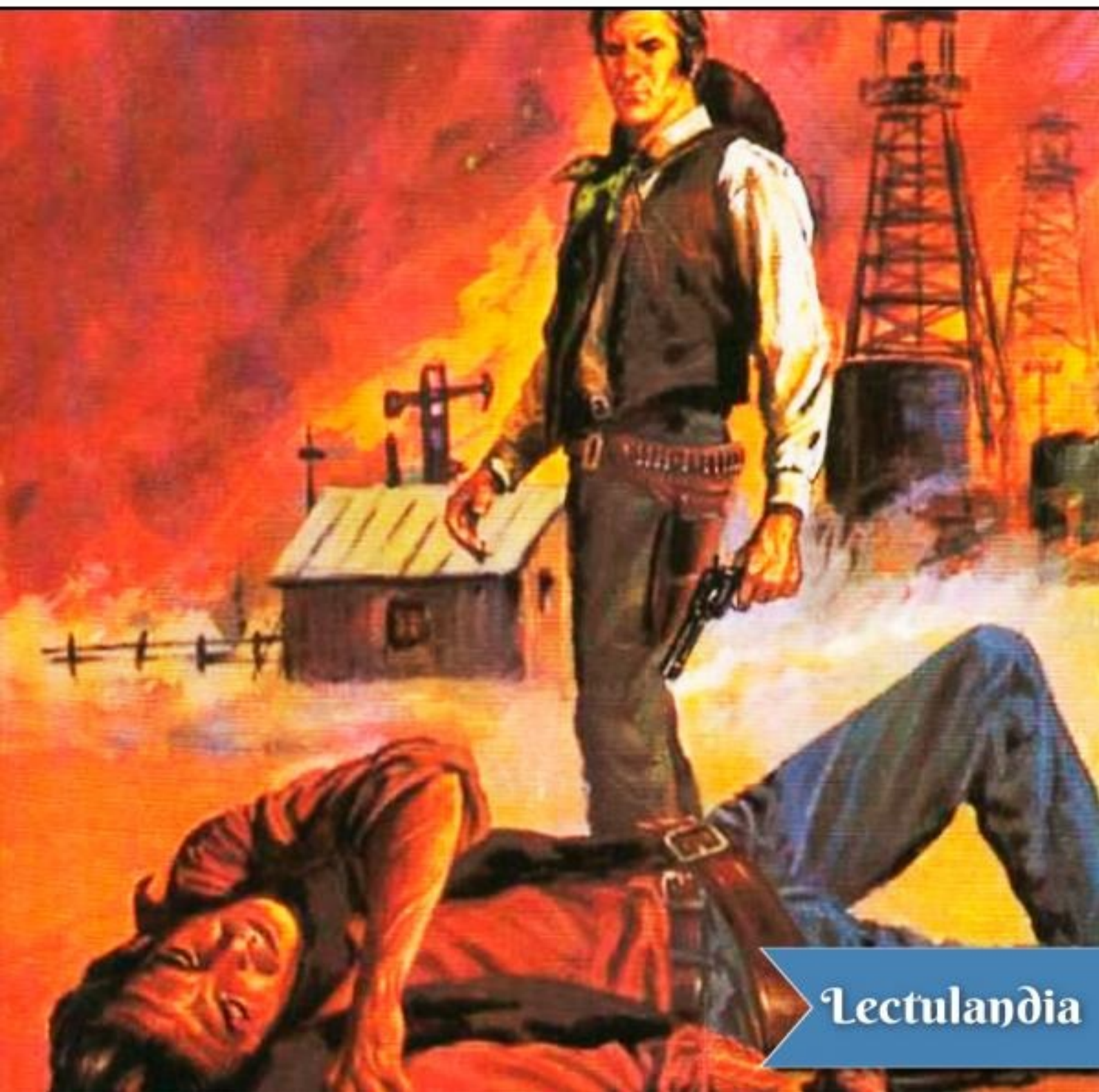
Oeste



OESTE  
LEGENDARIO

# Lou Carrigan

LA FRÍA CALMA DE LA VENGANZA



Lectulandia

Las grandes puertas del presidio de Yanceville se cerraron a espaldas de Wayne Norton mientras éste se alejaba por el llano. No volvió la cabeza ni una sola vez. La pesadilla había terminado, y no quería una última visión de ella que, posiblemente, quedaría para siempre grabada en su mente.

**Lectulandia**

Lou Carrigan

# **La fría calma de la venganza**

**Oeste Legendario - 96**

ePub r1.0

Titivillus 21.06.2019

Título original: *La fría calma de la venganza*  
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **LA FRIA CALMA DE LA VENGANZA**

LOU CARRIGAN

## SED DE VENGANZA

—Oh, Dios mío —gimió Elizabeth Blake—, ¡qué locura! ¡Qué locura, Leonora!

—No hay para tanto, tía Liz —la miró apaciblemente la muchacha, mientras seguía metiendo cosas en las alforjas.

—¡Que no hay para tanto! —clamó la dama, angustiada—: ¡Dice que no hay para tanto!

—Sólo voy a estar ausente unas semanas. Ya verás como en cuanto salga de la cárcel ese Wayne Norton irá a ver a sus cómplices. Y eso es lo que quiero yo: encontrar a sus cómplices.

—Estás loca... ¡Estás loca! Todo aquello ya pasó, nada va a devolver la vida a tu hermano, a nuestro querido Michael...

—Eso es cierto. Pero esos hombres le asesinaron, y por eso quiero encontrarlos. Wayne Norton era cómplice de ellos, y por eso lo metieron cuatro años en la cárcel. Ahora, Norton va a salir, dentro de una semana..., y yo sé que irá a ver a sus cómplices. Quiero saber quiénes son y dónde están, y él me llevará hasta ellos.

—¡Pero si no debe tener idea de dónde están! Ese pobre muchacho se ha pasado cuatro años en...

—¿Pobre muchacho? —jadeó Eleonora Blake—. ¡No meten cuatro años en la cárcel a ningún pobre muchacho, tía Liz! Y tuvo suerte de que se pudo demostrar que él no disparó contra mi hermano, sino que, al parecer, intentó evitar que los otros le mataran; de otro modo, lo habrían ahorcado. ¡Aquellos cuatro hombres mataron a un *sheriff*, tía Liz! Y ese *sheriff* Michael Blake, era mi hermano.

—Han pasado cuatro años de eso... ¿No estás bien aquí, en San Antonio? Tengo una casa hermosa y dinero, y todo cuanto puedas desear... Vives como una señorita, y sabes que cuando yo muera todo será para ti... ¿Qué más quieres?

Leonora Blake se quedó mirando fijamente a su tía, que a su vez la contemplaba asustada, pálidas sus habitualmente sonrosadas mejillas. Tía Liz

estaba próxima a los sesenta años, y era una dama encantadora, con muchos y buenos amigos en San Antonio de Texas. Lo mejor de la ciudad se relacionaba con tía Liz, que, en efecto, era rica, y no tenía ya más familia que Leonora Blake, la cual heredaría todo en su momento. A decir verdad, una muchacha no podía pedir más, pero...

—Quiero —insistió— que los asesinos de mi hermano paguen su culpa. No me conformo con que al menos culpable de ellos lo metieran cuatro años en la cárcel..., que ya se han cumplido. Quiero que los otros cuatro hombres sean detenidos y juzgados por el asesinato de mi hermano, el *sheriff* Michael Blake, que murió cumpliendo con su deber. ¿No puedes entender esto, tía Liz?

—Pe-pero... eres sólo una mujer, una señorita... ¿Cómo vas a ir tú sola por ahí...?

—Sabré cuidarme, no te preocupes. Bien, creo que no es necesario que lleve nada más. Hasta la vuelta, tía Liz.

Ésta emitió otro gemido. Aquella criatura estaba loca, la sed de venganza la volvía loca. Porque no era justicia lo que iba buscando Leonora, sino venganza. Tenía dieciséis años cuando aquellos cuatro forajidos cómplices de Wayne Norton habían asesinado a su hermano. Ahora, con veinte años, abandonaba una vida confortable y agradable en todos los sentidos para salir en pos de un hombre que estaba a punto de salir de la cárcel.

Leonora no vestía sus elegantes ropas habituales de encantadora señorita, sino que vestía como un hombre: pantalones, sombrero, botas horribles... Y se disponía a cabalgar ella sola, por todo Texas, en pos de un hombre que debía ser muy peligroso... Desde luego, no parecía la misma, debido a las ropas y a que se había recogido los rubios cabellos bajo el sombrero.

De todos modos, seguía siendo preciosa, con sus grandes ojos castaños, su boca plena de dulce dibujo... Por suerte, las ropas de hombre disimulaban muchísimo sus formas femeninas, por no decir que las ocultaban completamente. ¡Menos mal! Porque una damita tan linda sola por Texas... ¡Oh, Dios mío!

—Espero que no irás a echarte a llorar, tía Liz.

—Mi niña... ¡Mi pobre niña! No sabes lo que haces...

—Ya lo creo que sí lo sé —dijo firmemente Leonora—, voy a seguir a un hombre que me llevará hasta sus cómplices, los cuatro asesinos de mi hermano. No te preocupes por mí, ya te digo que estaré de vuelta dentro de unas semanas... Adiós, tía Liz.

Leonora Blake besó en ambas mejillas a su tía, cargó con las alforjas, y se dirigió hacia el patio de atrás de la hermosa casa en la calle principal de San Antonio de Texas, donde tenía preparado el caballo.

Una semana más tarde, Wayne Norton saldría del presidio de Yanceville, en el condado de Irion, Texas.

Y cuando Wayne Norton saliese, ella estaría allí, esperándole... astutamente.



## CAPITULO I

Las grandes puertas del presidio de Yanceville se cerraron a espaldas de Wayne Norton mientras éste se alejaba por el llano. No volvió la cabeza ni una sola vez. La pesadilla había terminado, y no quería una última visión de ella que, posiblemente, quedaría para siempre grabada en su mente.

Nada de volver la cabeza. Ante él se extendía el llano amarillento, verdeando en algunos puntos. Hacía el Norte, muy cerca, estaba el Concho River, y Wayne Norton se dirigió hacia allí.

A pie, desde luego. Durante su permanencia en el presidio había ido ganando unos pocos dólares, de los cuales solamente le quedaban ahora diecisiete. El resto se lo había gastado en el mismo penal antes de salir: unas pésimas ropas de confección, un sombrero barato, y dos pares de botas horrendas e incómodas, pero fortísimas, de tacón bajo. No eran las botas que utilizaría un vaquero, ni un jinete. Eran botas para ir a pie, grandes, sólidas, feas.

Pero eran las botas que necesitaba Wayne Norton ante la imposibilidad de poder comprar un caballo, pues el más penco de los pencos le costaría no menos de cincuenta o sesenta dólares. Una fortuna para el expresidiario...

Bien estaban las botas. Con ellas, y con sus fuertes piernas, llegaría donde quería llegar. Nada se lo impediría.

A media tarde, con un sol de cien mil demonios cociéndole la cabeza bajo el sombrero, Wayne Norton alcanzó la orilla derecha del Concho River, y se detuvo allí. En una vieja bolsa de lona llevaba víveres para tres o cuatro días, y hasta que se le terminasen no pensaba ir a lugar alguno que estuviese habitado. Ya había estado cuatro años viviendo hacinado con gente de la peor calaña. Lo que deseaba ahora, mientras fuese posible, era estar solo, caminar bajo el sol de Texas, bañarse en sus ríos, despertar al amanecer con el canto de los pájaros, y dormir en silencio y soledad bajo las estrellas. Sólo eso..., que no era poco, ciertamente. Incluso quizá pudiese alargar su tiempo de soledad si cazaba algún que otro conejo utilizando las trampas de ramas que sabía muy bien cómo se preparaban.

Como arma, Wayne Norton llevaba solamente un cuchillo. Con él preparó la trampa para aquella noche, después de cenar parcamente un trozo de torta de maíz dura como piedra y un trozo de cecina. No tenía café, pero el agua del Concho River le pareció absolutamente deliciosa.

Aquella noche, por primera vez desde hacía cuatro años, Wayne Norton durmió solo, en silencio y en paz, bajo miles de relucientes estrellas, envuelto en su agujereada manta.

\* \* \*

Le despertó, en efecto, el sol. Y el canto de algunos pájaros. Muy cerca había una considerable extensión de artemisas, y Wayne, sentado sobre la manta, se quedó mirándolas sonriendo a una décima parte de sus posibilidades; un simple movimiento de labios. Estaba pálido y delgado, y no precisamente fuerte. Cuatro años entre rejas y muros son una maldición en todos los aspectos.

No se inmutó cuando encontró vacía la trampa para los conejos. Otro día sería. Guardó las ramas para disponerlas a la noche siguiente, desayunó agua con torta de maíz y cecina de nuevo, recogió sus cosas, y cruzó el Concho River por un vado de aguas cristalinas.

Hacia mediodía se detuvo a descansar y a comer algo más, y se afeitó. Tenía la intención de caminar cada día un rato desnudo de cintura para arriba, para que el sol pusiera remedio a la palidez de su piel, sobre todo en el rostro. Así que fuera barba. Y como llevaba los cabellos muy cortos, también la nuca se tostaría. Cuanto antes dejase de parecer lo que era, esto es, un expresidiario, mejor.

Al anochecer, según sus cálculos, estaba ya en el condado de Sterling, en un punto intermedio entre el Concho River y el North Concho River. En la cárcel no había perdido el tiempo, como hacían otros. Había aprendido muchas cosas buenas..., y algunas malas, claro está. Esto era inevitable. Pero seguramente conveniente. A veces, las cosas malas resultan convenientes.

Decidió detenerse junto al pequeño afluente que descendía hacia el Concho River. No había caminado mucho, porque era prudente. De nada le habría servido ir más de prisa, pues se habría fatigado tanto que al día siguiente no habría podido dar un paso. Así que, pasito a pasito, sus piernas y sus pies se irían acostumbrando.

Después de cuatro años, era una tontería apresurarse por ganar un par de días.

Descargó su bolsa, se sentó en el suelo, y se quedó mirando las aguas, que tenían ahora una tonalidad azul oscuro nocturno. Pronto, las estrellas las llenarían de lucecitas.

Estaba quitándose una bota, dispuesto a dejar que sus pies descansaran completamente, cuando vio el punto luminoso, a un par de cientos de metros. Enseguida comprendió que se trataba de una fogata. Es decir, que no estaba solo.

Tras titubear, volvió a ponerse la bota, recogió la bolsa y se dirigió hacia la fogata, cruzando el arroyo. No tenía ganas de compañía en absoluto, pero siempre era mejor saber a quién tenía por vecino de acampada, por si acaso. No le habría gustado ni pizca despertar a la mañana siguiente y encontrarse con que se lo habían robado todo. O que mientras dormía le cortasen el cuello para robarle diecisiete asquerosos dólares y su mísero equipo. Había gente que hacía cosas peores por diez centavos, lo sabía muy bien. Así que más valía saber a qué atenerse, y, si el vecindario no le agradaba, caminar un par de millas más.

Lo primero que vio fue el caballo, desensillado y suelto. Un buen caballo, que dejó fascinado a Wayne Norton. Casi al mismo tiempo, percibió el olor a café, y le pareció que recibía un puñetazo en el estómago. Café. ¡Y buen café! A su derecha vio la silla de montar, dos mantas, las alforjas...

Volvió a mirar al caballo, y luego su mirada se posó en la cafetera colocada sobre el fuego.

Se acercó, lentamente, para detenerse a cinco o seis pasos de la pequeña fogata...

—Levante los brazos —oyó la fina voz tras él.

Wayne Norton dejó caer su bolsa, de lona, y alzó los brazos diciendo:

—No llevo armas...

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Soy un caminante. He visto fuego y he venido. No quiero nada, puedo seguir mi camino si le estoy molestando.

—No se mueva de donde está... ¡Y no baje los brazos!

—De acuerdo.

Comenzó a oír ruido tras él, y su fino oído situó en el acto a la otra persona. En otros tiempos, tan sólo con aquello, Wayne Norton habría tenido suficiente, puestas las cosas a malas; habría tenido tiempo de volverse, sacar el revólver, disparar y dar en el blanco en menos de un segundo. Y hay gente que en un segundo no tiene tiempo de nada... Pero aquéllos habían sido otros tiempos..., y ahora ni siquiera tenía revólver.

Cuando apareció por su izquierda, al otro lado de la fogata, lo primero que destacó en el desconocido fue el rojo brillo del fuego sobre el cañón de su rifle, que apuntaba a Wayne. Por un momento, ateniéndose a su voz y a la exigua corpulencia del otro, Wayne pensó que se trataba de un muchacho, y posiblemente habría seguido creyendo esto durante un buen rato si su desconfiado vecino hubiera llevado puesta la cazadora. Pero, en camisa, los senos destacaban más que suficiente para la identificación definitiva.

—¿Dónde está su caballo? —preguntó la muchacha.

—No tengo caballo. Viajo a pie.

—No me diga.

Wayne encogió los hombros, y dijo:

—Será mejor que siga mi camino.

—¿Viaja solo?

—Sí.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el Norte.

—¿Qué lleva en esa bolsa?

—Cuatro porquerías de mi propiedad. Todo lo que tengo.

—Pero le gustaría tener más cosas, ¿eh?

Wayne miró la cafetera, y luego el caballo. Se pasó la lengua por los labios.

—No soy un ladrón —murmuró.

—Es posible, pero no quiero correr ningún riesgo con usted, de modo que siga su caminó. Y tenga mucho cuidado si decide regresar hacia aquí. Tengo muy buen oído. Y disparo bastante bien... Bueno, ¡lárguese!

Wayne Norton volvió a mirar la cafetera, pero no dijo nada. Se inclinó, recogió su bolsa y pasó cerca del fuego, siempre apuntado por el rifle. Para su asombro, no se sentía enfadado con la desconfiada muchacha. Él no pensaba robarle nada, pero ella hacía muy bien en no confiar en sus intenciones.

Caminó un par de millas más, siempre hacia el Norte, y decidió que ya estaba bien.

Aquella noche, un conejo cayó en la trampa.

\* \* \*

Y lo estaba asando, poco después del amanecer, cuando oyó las pisadas del caballo. Acuclillado ante el fuego, se volvió y vio al jinete. Identificó a la

muchacha. Dedicó de nuevo su atención al succulento asado, y no se volvió ni siquiera cuando el caballo se detuvo a una docena de pasos tras él.

—¿Eso es un conejo? —preguntó la muchacha.

—Sí —dijo Wayne, sin volverse.

—¿Cómo ha podido cazarlo, sin armas?

—Con una trampa de ramas.

—Ah... Huele muy bien.

—Sí.

—Lo he olido desde allá abajo cuando he despertado.

—Muy bien.

—Yo tengo judías, café y carne de toro en lata.

Wayne Norton se volvió lentamente, y miró con indiferencia a la muchacha.

—Siga su camino —dijo.

—No he desayunado.

—Pues desayune. Tiene de todo.

—Es usted rencoroso, ¿eh? —sonrió ella de pronto.

La mirada de Wayne Norton quedó fija en los labios de la muchacha. Ascendió hacia los grandes y hermosos ojos castaños, y regresó a los labios. Quizá fuese debido a los cuatro años de encierro, pero pensó que nunca había visto unos ojos y una boca tan bonitos. Sintió un vacío en el estómago, y una súbita sensación de deseo en todo su cuerpo. La muchacha llevaba ahora puesta la cazadora, pero él recordó el abultamiento de su pecho la noche anterior, cuando sólo llevaba la camisa. Sentía la cabeza caliente. En su imaginación apareció desnudo el pecho de la muchacha: pleno, blanco, tibio y turgente, con preciosos pezones rosados.

—Será mejor que siga su camino —insistió ásperamente.

—Yo también voy hacia el Norte.

—Pero a caballo. Adiós.

—Le cambio una bolsa de café por medio conejo.

—El café no es imprescindible; el conejo, sí.

—¿Qué le pasa? —se impacientó la muchacha—. ¿Está enfadado por lo de anoche? Dígame, ¿qué habría hecho usted en mi lugar?

—Sin duda alguna, lo mismo. No estoy enfadado, no soy rencoroso en exceso. Pero será mejor que siga su camino.

—¿Por qué? El llano es libre, ¿no?

Wayne ladeó la cabeza, y se quedó mirándola unos segundos. Luego, simplemente, regresó su atención al conejo, cuya carne tenía ya un tono

dorado. Lo sacó del fuego, lo partió a lo largo y guardó una mitad envuelta en un pañuelo de hierbas, que metió en la bolsa de lona. Luego, sentado en el suelo, devoró despaciosamente la otra mitad, observado con clara hostilidad por la muchacha vestida como un hombre, que permaneció a caballo.

Terminado su desayuno, Wayne Norton recogió sus cosas, y, sin más, emprendió su camino del Norte.

—Muchas gracias por dejarme el fuego encendido —dijo irónicamente la muchacha.

Fue como si ni siquiera la hubiera oído.

Una hora después, la muchacha le alcanzaba, para dejarlo muy pronto atrás. Wayne estuvo mirando el polvo que dejaba el caballo tras sí, frunció el ceño y siguió caminando.

Volvió a verla al mediodía. Ella se había detenido a la sombra de unos álamos, y estaba tendida en el suelo, con las manos tras la nuca. Wayne se colocó bajo la sombra de otro álamo, se sentó y bebió un sorbo de agua de la cantimplora.

—Es de locos cabalgar con este sol —dijo ella, a unos diez metros de distancia.

Wayne se tendió, se colocó el sombrero sobre el rostro y se quedó dormido a los pocos segundos. Despertó de pronto, se sentó, y, soñoliento, se quedó mirando a la muchacha, que de pie ante él le ofrecía un pote de hojalata.

—¿Café?

Wayne miró la mano de la muchacha. Era preciosa, delicada. Le pareció que tenía algunas ampollas. No necesitaba que nadie le dijera que ella no estaba acostumbrada ni a cabalgar ni a la dureza de las bridas.

Tomó el pote y bebió lentamente, mirando a su alrededor. Ella había encendido un pequeño fuego. Calculó que había dormido algo más de una hora. El sol parecía hervir sobre el llano, creando aquella neblina como de cristal que a tantos había engañado.

—Gracias —devolvió el pote.

—No se merecen. Esto vale medio conejo.

Se quedaron mirándose. Ella sonrió. Y de pronto, Wayne Norton hizo algo que hacía más de cuatro años había olvidado: sonrió a su vez. Le pareció que le dolía la cara al hacerlo.

—Está bien —aceptó—. Supongo que podré cazar más conejos.

—Estoy segura. Mire, perdone mi actitud de anoche, pero usted tiene que entenderlo.

—Sí, lo entiendo. No debería usted cabalgar sola por estos lugares. Puede encontrar hombres diferentes a mí.

—Ya. ¿Y cómo es usted?

—No tengo intención de hacerle mal alguno.

—¿Y los otros sí?

—Hay de todo. Pero si yo fuese usted no viajaría sola.

—Podríamos... viajar juntos.

—¿Yo a caballo y usted a pie? Muy gracioso.

—Podríamos ir los dos a caballo. Yo peso poco: ¿Tiene usted prisa?

—Ninguna.

—Entonces, haríamos más camino los dos a caballo que usted solo a pie. No tenemos por qué reventar al caballo, así que haríamos paradas frecuentes. Usted saldría ganando.

—¿Y qué ganaría usted con eso?

—Bueno... Algún que otro conejo, y me sentiría más segura.

—¿No ha pensado que yo pueda estar, confiándola y luego jugarle una mala pasada?

—Le he estado observando... No creo que lo haga. Puedo ser una agradable compañera de viaje.

—¿Adónde va?

—A ninguna parte, hacia el Norte. ¿Y usted?

—Hacia el Norte, pero a un sitio determinado.

—Cualquier sitio me va bien.

—Podríamos llegar juntos hasta Big Spring.

—Bueno.

Wayne entornó los párpados.

—¿Qué ha querido decir con eso de que puede ser una agradable compañera de viaje? —murmuró.

—Me sorprende que un hombre necesite esa clase de explicaciones... ¿Le persigue la ley?

—No. ¿A usted sí? —casi sonrió de nuevo Wayne.

—Casi. Todo lo que quiero es alejarme cuanto más mejor del sur de Texas. Si me atrapasen con mi padre y mis hermanos me colgarían con ellos.

—Creo que entiendo. ¿Iba con ellos y los ha dejado?

—Estoy harta de esa clase de vida.

Wayne Norton volvió a mirar las bonitas y delicadas manos de la muchacha, señaladas por las bridas, la dureza de la silla, las armas...

—Debería ponerse unos guantes —murmuró—, o se va a destrozar las manos.

—Puedo comprar unos guantes en Big Spring. Tengo algo de dinero. Bueno... ¡muy poco! Pero puedo conseguir más en Big Spring pidiendo una transferencia por telégrafo.

—Qué interesante. Escuche, tome una decisión, ¿quiere? Confíe o no confíe en mí, pero no se ande con medias tintas. Si decide confiar en mí, no me venga con cuentos ni mentiras. Si decide no confiar, siga su camino y en paz. ¿Está claro? He pasado veintiocho años sin usted, su caballo y su café, de modo que puedo pasar otros tantos.

—Tiene usted mal genio.

—Eso sí. Pero nada más.

La muchacha se quedó mirándole especulativamente. Tenía una mirada directa, nítida, inteligente. A Wayne Norton le pareció captar en su expresión un cierto desconcierto, incluso incredulidad. Pero le estaba estudiando a fondo. Muy a fondo. Sí, parecía... desconcertada.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó de pronto ella.

—Wayne. Wayne Norton.

Ella parpadeó, de nuevo como desconcertada.

—Yo soy Leonora —susurró.

—Leonora ¿qué?

—Leonora. Eso es todo.

—Por mí está bien.

—¿Cómo es que no tiene usted caballo?

—Me lo comí hace días.

—Sus ropas no son de jinete.

—Oiga, ¿qué es lo que quiere? ¿Qué le cuente mi vida?

—A lo mejor es interesante —rió Leonora.

Wayne Norton soltó un bufido, recogió sus cosas, se puso bien el sombrero y echó a andar.

—Es demasiado pronto para seguir —dijo ella—. Hace un calor de muerte.

—Métase en sus cosas —dijo él, sin volver la cabeza.



## CAPITULO II

La oyó llegar cuando hacía poco que había encendido la fogata. Ella apareció tranquila y descansada, a caballo, y se quedó mirándole desde la silla.

—Hola —saludó.

—Hola —gruñó Wayne.

—Usted me debe medio conejo.

Wayne lanzó una imprecación, sacó el medio conejo envuelto en el pañuelo de hierbas y se lo tiró a las manos. Ella se echó a reír.

—¡Es cierto que tiene mal genio! —exclamó.

—El pañuelo es mío —dijo él, irritado absurdamente—, de modo que devuélvame y lárguese.

—Podríamos cenar juntos, tengo...

—Judías, carne de toro y café, ya lo sé. Y rifle, y un buen caballo, y dinero en el bolsillo en algún banco del sur de Texas. De acuerdo. En cuanto a mí, tengo diecisiete dólares y todo lo que ve, acabo de salir de la cárcel, donde he estado cuatro años, y todo lo que deseo es que me dejen en paz. ¿Suficiente?

—¿Por qué lo metieron en la cárcel?

La tormenta apareció en el rostro de Wayne Norton. Pero se disipó rápidamente, volvió la serenidad.

—A usted no le importa.

—Si ha estado en la cárcel no debe ser muy buena persona, ¿verdad? Y si no es buena persona, ¿por qué no me ha robado ya el caballo, el rifle y el dinero?

—Se olvida de una cosa —dijo él, de pronto divertido—, también tendría que violarla.

—¿Y por qué no ha hecho todo eso?

—Pero bueno... ¿me está provocando?

—Me parece que no lo haría usted, ¿verdad?

—¡Déjeme en paz!

Leonora estuvo más de dos minutos todavía a caballo, mirando a Wayne Norton más y más desconcertada a cada instante, aunque él no captó su expresión esta vez, pues estaba partiendo un trozo de torta durísima frente al fuego. Lo consiguió, se sentó frente al fuego y comenzó a masticarla enérgicamente. Leonora desmontó, sacó sus cosas de las alforjas, y en tres minutos la sartén estaba en el fuego, llena de judías con carne de toro, manjar que Wayne contemplaba hoscamente.

La muchacha sacó la sartén del fuego y la colocó ante Wayne.

—Puede comerse esto, si quiere. Yo voy a recalentar el medio conejo. Y haré café.

Wayne la miró torvamente, se guardó el trozo de torta de maíz y lo emprendió con las judías y la carne. Ella puso el medio conejo directamente sobre las brasas, a un lado, y comenzó a preparar el café.

—Lo primero que hace un jinete es desensillar su caballo —dijo Wayne, irritado.

—Es muy cómodo decir eso cuando no se tiene caballo.

Wayne lanzó una imprecación, se puso en pie, todavía masticando, y se dirigió hacia el caballo de la muchacha. Lo desensilló rápidamente, le pasó la manta para limpiarle el sudor de debajo de la silla, y le acarició la cabeza. El animal soltó un relincho, y empujó con la cabeza a Wayne por el pecho. Este sonrío, le dio una palmada en el vientre, y volvió a sentarse ante el fuego, mientras el caballo se revolcaba.

Tras ingerir unas cuantas cucharadas más observado en silencio por Leonora, Wayne la miró de pronto.

—¿Seguro que el caballo es de usted? —masculló.

—¿Cree que lo he robado?

—No —negó él—. Pero usted y él no son amigos.

—¿No somos qué?

—¿Cuánto tiempo hace que lo tiene?

—Dos años.

—Mentira... —dijo Wayne—. Bueno, ya me cuido yo del café. Cómase de una maldita vez ese maldito conejo. Se le va a quemar.

Leonora sacó el medio conejo del fuego. Empezaba a quemarse, en efecto. Wayne Norton se quedó mirando el café hasta que comenzó a hervir, lo sacó del fuego y sirvió en el pote de hojalata. Estuvo bebiendo mientras la muchacha terminaba de comer el conejo, sin dejar de mirar las manos de él, grandes, nervudas, sosteniendo el pote como buscando su calor. Lenta pero

inexorablemente comenzaba a hacerse sentir el frío de la noche. El cielo estaba lleno de estrellas.

Wayne dejó a Leonora tomando café, y fue a preparar otra vez la trampa para conejos. Un hombre no necesita dinero siempre para seguir viviendo, si es un mínimo de hábil e ingenioso. Leonora lavó los cacharros en el diminuto arroyo. El silencio era total, hasta que en alguna parte, lejos, aulló un coyote.

Cuando Leonora regresó ante el fuego Wayne estaba sentado delante, a estilo indio, liando cuidadosamente un cigarrillo, como controlando todas y cada una de las hebras. Malo era no tener café para el frío de la noche y de la madrugada, pero quedarse sin tabaco habría sido demasiado. Con un tizón, Wayne encendió el cigarrillo y se quedó fumando plácidamente, contemplando las brasas. Era como si no hubiera nadie a cuatro pasos de él.

Leonora se quedó mirándole fijamente, pero él continuó ignorándola. Su mirada parecía perderse en las brasas. Cuando terminó el cigarrillo estuvo unos minutos inmóvil. Luego, se envolvió en la manta agujereada, se tendió junto al fuego y se quedó dormido en menos de un minuto.

Leonora Blake seguía mirándole. ¿Aquél era uno de los cinco canallas que habían intervenido en la muerte de su hermano? Si Wayne Norton hubiera querido ya sería dueño de su caballo, su rifle, su comida, y hasta, en efecto, podría haberla violado. O matado. O ambas cosas. Claro que ella no le habría concedido la menor oportunidad si desde el primer momento no hubiera intuido que había algo que no encajaba...

Le pareció oír un ruido, y alzó vivamente la cabeza.

De nuevo el silencio.

«Debe haber sido una culebra», pensó, estremeciéndose.

Miró de nuevo el rostro de Wayne Norton, que el resplandor de las brasas enrojecía. Quieto y sereno, como de cuero. Los labios eran delgados, herméticos, y la barbilla era saliente y sólida. Su cuello estaba muy delgado, seco, fibroso. Volvió a mirar la boca, y de pronto sintió como una oleada de calor en el rostro, y le pareció que tenía dificultad en respirar. El calor se concentró en su cuello. Se llevó una mano al pecho, y percibió el violento latir del corazón. No comprendía lo que le ocurría.

Volvió a oír el leve ruido, como de una piedra removida.

Se imaginó una culebra atacándola... Es decir, intentó imaginárselo, ya que nunca le había ocurrido nada parecido. A decir verdad, no recordaba haber visto nunca una culebra. Desde muy niña había vivido con tía Liz en San Antonio. Luego, Michael se empeñó en que fuese a un internado para señoritas y enviaba todo el dinero que podía a tía Liz para pagar el gasto de

una educación esmerada. Demasiado esfuerzo para Michael, que quería ser él quien pagase los gastos, negándose a aceptar las ofertas de tía Liz.

Para olvidar la culebra, se esforzó en pensar en tía Liz. Debía estar en su casa, tan confortable, tan segura. No debía hacer mucho que habría terminado de cenar, y seguramente se dispondría a leer, o quizá a bordar un poco, en compañía de Betsy, la vieja criada.

¡Qué diferencia de ambientes! Sí, quizá ella estaba cometiendo una locura. La aparición del primer hombre la dejó tan sorprendida que ni siquiera respingó, ni acertó a reaccionar de ninguna manera. Apareció de súbito a la luz del fuego, apenas una sombra. Enseguida, un poco más a la derecha, apareció el otro. Leonora quedó como petrificada, aturdida, muy abiertos los ojos, mirando de uno a otro hombre.

Cada uno de ellos empuñaba un revólver. El de la derecha alzó el percutor y se oyó el suave cric-cric del mecanismo.

Wayne Norton se sentó rápidamente de pronto, y la manta resbaló por su torso.

—Quieto —siseó el hombre.

Wayne quedó inmóvil absolutamente. Leonora no conseguía reaccionar. Estaba aterrada. Veía confusamente los rostros de los dos hombres, bastos, hoscos. Uno de ellos llevaba barba de varios días y tenía los ojos muy pequeños y juntos.

—Usted es Wayne Norton —dijo el otro.

Wayne no contestó. El sujeto frunció el ceño.

—¿No ha oído? —gruñó.

—Sí, he oído.

—¿Lo es? ¿Es Wayne Norton?

—Sí.

—¿Quién es ella?

Wayne encogió los hombros, y dijo:

—Una compañera ocasional de viaje.

El hombre se acercó a la fogata, sonrió y Leonora vio sus dientes grandes, fuertes, oscuros.

—Corto viaje, Norton —dijo.

El revólver comenzó a apuntar al pecho de Wayne, quien de pronto saltó a su izquierda, al tiempo que sacaba de debajo de la manta su mano derecha, empuñando un cuchillo. El hombre lanzó un grito de sobresalto, aceleró el movimiento de su mano armada... El cuchillo salió disparado de la mano de Wayne Norton, como un relámpago de tonalidades relucientes, rojizas.

Se oyó el impacto del acero en la garganta del hombre, y casi simultáneamente el disparo que efectuó éste, y que fue a dar en la fogata, alzando un revuelo de chispas y brasas. El hombre soltó el revólver y retrocedió un paso, como tropicado, llevando las manos al mango del cuchillo...

El otro sujeto, el de los ojos pequeños y juntos, había lanzado un grito de alarma y furia, y, ya amartillado el revólver, disparó contra Wayne en el momento en que éste, tras lanzar el cuchillo, efectuaba otro salto, ahora hacia su derecha, desprendiéndose completamente de la manta.

La bala se hundió en el suelo, alzando un surtidor de tierra y unas briznas de hierba, y el hombre desvió la línea de tiro siguiendo a Wayne, y volvió a disparar. La bala alcanzó a Wayne en la parte interna del muslo izquierdo, arrancándole un alarido de dolor y derribándole cuando corría hacia la silla de montar de Leonora. Rodó por el suelo, miró al hombre y le vio apuntándole, dispuesto a disparar de nuevo, fríamente, ya recuperado de la sorpresa ante su rápida reacción.

Wayne giró y la bala que habría hundido en su pecho se hundió en la tierra. Continuó girando, siempre hacia la silla de montar de Leonora, y volvió a gritar cuando la siguiente bala del pistolero le alcanzó ahora en el costado derecho, ocasionándole una sacudida en todo el cuerpo.

—Ji, ji —rió el sujeto—. ¡Ji, ji, ji, corre, corre!

Volvió a disparar con calma, pero Wayne había saltado de nuevo y acto seguido extendió los brazos, se arrastró un par de palmos, y llegó adónde estaba el rifle de Leonora. El hombre todavía estaba riendo cuando las manos de Wayne, crispadas como garras, llegaron al rifle y lo sacaron de un rápido tirón de la funda. La risa del hombre se truncó en un extraño gorgorito y volvió a disparar contra Wayne, que rodaba hacia un lado, con el rifle en las manos.

Se detuvo de pronto boca abajo, apuntó una milésima de segundo y disparó.

El estampido del rifle atronó la noche, mucho más fuerte que los disparos del revólver. Brotó una lengua de fuego de su boca, y el plomo caliente salió zumbando hacia el hombre, le acertó en el centro del pecho y lo derribó aparatosamente, sacudido todo él como si acabase de alcanzarlo un rayo, soltando el revólver y efectuando un salto hacia atrás, con los pies hacia el cielo.

Cayó de cabeza y no se movió más.

Wayne movió la palanca del rifle, saltó el cartucho vacío y el siguiente pasó a la recámara. El rifle quedó apuntado al primer hombre, que continuaba de pie, con las manos crispadas en torno al mango del cuchillo. El dedo de Wayne quedó quieto en el gatillo del rifle.

El hombre dio un paso hacia delante, se tronchó de pronto como si acabasen de partirle la cintura, y cayó de bruces sobre la fogata. Leonora reaccionó entonces, emitiendo un agudo grito y saltando hacia atrás, para quedar sentada de nuevo. Se llevó las manos al rostro y estalló en sollozos. El olor a carne quemada comenzó a extenderse inmediatamente en torno a la fogata, cuyo resplandor no se veía, oculto por la cara del hombre muerto.

Wayne Norton se puso en pie, y cojeando, se acercó, agarró al hombre por la ropa del cuello y lo sacó del fuego, echándolo a un lado. Un tizón chisporroteaba todavía, hundido en la cuenca de uno de los ojos del cadáver. Wayne lo arrancó de allí con la punta del rifle, y desvió su reluciente mirada hacia Leonora, que seguía sollozando con la cara entre las manos.

—No se mueva de aquí —dijo Wayne—. ¿Me ha oído?

Ella asintió con la cabeza, pero sin dejar de sollozar ni apartar las manos del rostro. Wayne miró hacia donde había visto por última vez el caballo de la muchacha, pero el animal no estaba allí, ni se veía en parte alguna. Evidentemente, se había asustado.

—¡Fiu! —silbó Wayne—. ¡Hey! ¡Hey, chico! ¡Ven! ¡Ven aquí! ¡Fiu, fiu!

Oyó el asustado relincho, no muy lejos, e insistió en sus llamadas, dirigiéndose hacia allí, dejando un rastro de gotas de sangre. El caballo estaba a unos doscientos metros, reluciente bajo las estrellas, alzada la cabeza.

—Eh, chico —llamó Wayne de nuevo—. Ven. Ven, amigo.

El caballo remoloneó todavía un poco, pero no tardó en acercarse a Wayne, con indeciso trotecillo. El expresidiario se agarró a su cuello.

—Tranquilo —dijo Wayne—. Tranquilo, ¿de acuerdo?

Se las arregló para montar sin soltar el rifle, y quedó encorvado en el lomo del animal. Metió la mano izquierda en el costado derecho y notó la humedad y el calor de la sangre, que luego contempló en la palma de la mano. Se la limpió en el pantalón.

—Vamos —dijo—. Apuesto a que tú los encuentras enseguida... ¡Vamos, hombre, búscalos!

Cerca de la fogata, Leonora oía apenas la voz de Wayne Norton. Luego oyó el batir de los cascos de su caballo. Luego, el silencio total pareció caer sobre ella. Apartó las manos de la cara, y vio al hombre tendido cara al cielo, con el cuchillo hundido en la garganta. Tenía los ojos abiertos, y parecían

rojos. Más allá, un poco a su derecha, estaba el otro, con los pies hacia la fogata. Eso fue lo único que vio de él, los pies. El cada vez más tenue resplandor del fuego se reflejó en una espuela.

Leonora se acercó a su silla de montar, se envolvió en una de las mantas, y se sentó. Comenzó a temblar, pero no de frío. No quería mirar hacia los dos hombres muertos, pero de cuando en cuando, inevitablemente, su mirada iba hacia uno y otro. Le pareció oír una lechuza.

Por fin, el galope de varios caballos.

Wayne Norton apareció, montado, llevando de las bridas otros dos caballos. Le pareció que estaba pálido como un muerto.

—Avive el fuego —dijo él.

Lo miró absorta.

—¿Qué?

—¡El fuego!

Desmontó, y pareció a punto de caer, pero se mantuvo en pie. Desensilló rápidamente los dos caballos, tirando las sillas a un lado, y luego los trabó. Después hizo algo que a Leonora le pareció horrible: arrancó el cuchillo de la garganta del muerto, lo limpió en la cazadora del mismo y se lo guardó.

Leonora respingó cuando se dio cuenta de que él la miraba de nuevo, y que todavía no se había movido. Reaccionando rápidamente, procedió a avivar el fuego, mientras Wayne se sentaba ante éste, y, con el cuchillo, cortaba en redondo la pernera izquierda de sus pantalones. La muchacha estuvo a punto de desmayarse cuando vio el boquete rodeado de aquel manchurrón de sangre que se deslizaba muslo abajo como si fuera chocolate.

—Mire a ver si en las alforjas de esos hombres hay alguna camisa más o menos limpia, o algo así. Y ponga agua a calentar... No, no tire el café. Me beberé el que queda.

La muchacha vació la cafetera en el pote de hojalata y tendió éste a Wayne. Luego se acercó al arroyo, enjuagó bien la cafetera y regresó con ella llena de agua. La puso sobre las escasas brasas que quedaban, y recordó entonces que debía reavivar el fuego. Se apresuró a hacerlo, mientras Wayne bebía lentamente el café, mirándola atentamente.

—¿Seguro que usted iba con una partida de jinetes no demasiado buenos? —preguntó de pronto—. Ya sabe, eso de su padre y sus hermanos.

—Sí... Sí, sí.

—Ya. Bueno, vea eso de las camisas.

Cuando ella regresó con dos camisas muy arrugadas pero aceptablemente limpias. Wayne había convertido en tiras a lo largo la pernera de su pantalón,

y se había quitado la basta chaqueta y la no menos basta camisa de dólar veinte, adquirida en el penal. Su torso se veía muy blanco, seco, pero musculoso. En el costado derecho había otro manchurrón de sangre.

Leonora se dejó caer de rodillas ante Wayne, gimiendo:

—Oh, Dios mío...

Él la miró con socarrona amabilidad.

—Si cree poder resistirlo, debería ayudarme. Moje mi camisa en el agua caliente y luego haga pedazos una de esas camisas limpias.

Leonora obedeció, como en sueños. Wayne limpió la sangre de su muslo, farfullando algo que ella no entendió.

—¿Qué... qué dice...?

—Que sólo ha mordido carne. La bala, ¿comprende? Si me llega a dar en el hueso, estaba listo. Pero así será cuestión de unos pocos días. ¿Por qué está tan asustada? Sólo se trata de un par de balazos.

—Pero pudieron... pudieron... ¡Todavía no sé cómo no le han matado!

—Hablaban demasiado. Bueno, quíteles las botas y las ropas.

—¿Qué?

—Voy a necesitar ropa, ¿no? Y ellos la tienen. No toque la camisa del que tiene el balazo en el pecho, no me sirve.

—Pe-pero yo... yo no puedo... desnudar a... a...

—Están muertos, no le harán nada. Y no me diga que nunca ha visto a un hombre.

Leonora enrojeció intensamente.

—¡Claro que no! —exclamó.

—Bueno, no lo haga si no quiere, pero a mí me costará más hacerlo después, porque estarán tiesos. Ahora aún están blandos.

—Dios... Dios mío...

—Vamos, hágalo.

Leonora lo hizo, como en una pesadilla. Cuando terminó, Wayne había vendado fuertemente su muslo, tras colocar sobre el boquete de la herida varios trozos de la camisa despedazada.

—Tendrá que ayudarme a vendarme el costado... Creo que tengo rota una costilla.

—¿Y qué... qué pasará?

—Que me dolerá unos días, hasta que se suelde de cualquier manera. Vamos, dese prisa; dentro de un rato me dolerá todo, tanto, ya en frío, que apenas podré moverme. Todo lo que hay que hacer debemos hacerlo ahora.



Quince minutos más tarde, Wayne Norton estaba aceptablemente vendado y vestido con una mezcla de sus ropas y de las de los dos sujetos muertos, y calzado con las botas de uno de ellos. En las ropas encontró dos rollos de billetes y algunas monedas, que se quedó tranquilamente. Las monedas no llamaron su atención, pero sí los dos rollos de billetes; en cada rollo había exactamente doscientos dólares.

—Es decir —murmuró—, que me han valorado en cuatrocientos dólares. Bien, creo que valgo algo más.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué les han dado dinero para... para que lo maten?

—Claro. ¿Sabe usted cuál es la Estrella Polar?

—¿La...? ¡Oh, sí!

—¿De veras? ¿Cómo y dónde lo aprendió? Yo lo aprendí en el presidio... ¿Y usted?

—No... no recuerdo...

—Bueno, no importa. Ahora, ensille su caballo, monte y lárguese de aquí. Si cabalga siempre en dirección a la Estrella Polar llegará antes del amanecer a Sterling City, al Norte. Porque usted ya sabe que la Estrella Polar señala siempre el Norte, ¿eh?

—Sí, pe-pero no... no veo por qué tengo que marcharme...

—Porque puede que más adelante me esté esperando alguien más. Sólo que ahora tengo dos caballos, dos rifles, dos revólveres, comida, dinero... Botín de guerra: Si alguien no está conforme que venga a decírmelo. Adiós, Leonora. Gracias por el café. Sobre todo, por el café.

—Pero es que yo no quiero marcharme.

—¿Por qué no?

Leonora Blake pensó que si se separaba de Wayne Norton le iba a perder la pista. Hasta entonces había sido fácil todo para ella: había esperado a Norton cerca del penal, le había estado siguiendo a distancia, pero siempre al alcance de los pequeños prismáticos que llevaba en las alforjas, y finalmente se había adelantado a él para que fuese él quien la encontrase. Luego, toda la comedia, pero siempre con la decisión de seguir junto a él, costara lo que costase, para llegar hasta, sus cómplices de cuatro años atrás. Los cómplices que habían asesinado a su hermano, y que la ley no había sabido encontrar... y que ella encontraría, para denunciarlos.

Pensó esto, pero dijo:

—No quiero dejarle solo en estas condiciones.

—¿Por qué no? Sólo soy un desconocido que acaba de salir de la prisión, ¿no es así? Vamos, márchese.

—No.

Estuvieron mirándose fijamente unos segundos al resplandor del fuego. Por fin, Wayne Norton murmuró:

—Vea si encuentra algún hoyo por ahí. Meteremos dentro a esos dos hombres, y los cubriremos con tierra y piedras. No quiero que se acerquen alimañas por la noche ni buitres durante el día.

—Pero mañana no estaremos ya aquí...

—Yo no podré cabalgar hasta que baje la inflamación del muslo, y eso no será antes de un par de días. Pero ya le digo que usted no tiene por qué quedarse.

—Me quedaré —dijo Leonora Blake.

## CAPÍTULO III

Durante los dos días siguientes Wayne Norton apenas pudo moverse, pues, en efecto, la herida del muslo se había inflamado, y le dolió intensamente. Con todo, buscaron un lugar adecuado para acampar, cerca del arroyo y a la sombra de unos robles. Era un lugar tranquilo y hermoso en su aspereza.

Apenas hablaron. Wayne se pasaba el día tumbado, a veces dormitando, pero por lo general atisbando en la distancia a la espera de algún posible jinete que llegara a interesarse por la suerte de los dos anteriores. Mas no hubo contratiempos. Quienes habían pagado a los dos pistoleros debían considerar resuelto el asunto.

Se estaba muy bien allí. Tenían sol y sombra, agua fresca, comida más que suficiente, tres caballos, mantas, y hasta café, aunque éste comenzaba a escasear. De cuando en cuando Leonora veía a Wayne tumbado boca arriba, contemplando el cielo o los amplios espacios con una extraña sonrisa. Cazaron otro conejo. El rostro, las manos y el torso de Wayne Norton se iban bronceando al sol. Comenzaba a parecer otro hombre, y Leonora se daba perfecta cuenta de la lenta transformación.

Lo que más la inquietaba de Wayne era su habilidad con el revólver, que parecía ir recuperando rápidamente. Varias veces al día se ponía en pie, y comenzaba a sacar y enfundar el revólver, cada vez más rápidamente. Era fácil comprender que Wayne quería llegar preparado para pedirles su parte, por fin a sus cómplices.

Porque ésta era la conclusión final a la que Leonora había llegado: los cómplices de Wayne Norton habían escapado, dejando a éste herido, de modo que pudo ser capturado. Así que se fueron con el dinero robado en el pueblo, y lo dejaron a su suerte.

Y ahora, cuatro años más tarde, Wayne Norton iba a por ellos, para exigirles su parte del botín de entonces y, seguramente, pedirles cuentas por haberlo abandonado herido, y aumentando la factura por el hecho de que hubieran enviado dos pistoleros a matarle cuando saliera del penal...

Entonces..., ¿sabía Wayne Norton dónde estaban aquellos cuatro hombres? Quizá lo había sabido en todo momento, y había sabido permanecer en silencio y esperar... Muy bien, ella también había esperado.

La cuarta noche de acampada, después de cenar, mientras fumaba un cigarrillo ante el fuego, Wayne la miró de pronto, y dijo:

—Mañana nos separaremos.

—¿Por qué? —murmuró ella...

—Ya puedo cabalgar, y mi camino no es adecuado para ti. Ésta es mi decisión, y no hay más que hablar.

Ella se quedó mirándole, inmóvil, sin parpadear. Ni siquiera se dio cuenta de que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, pero Wayne sí se dio cuenta, y murmuró:

—Vamos, no seas tonta. Es lo que te conviene.

—No quiero separarme de ti, Wayne.

Él se inclinó hacia ella, y tomando su rostro entre las manos le limpió las lágrimas con los pulgares.

—Lo harás —dijo quedamente.

Se quedaron mirándose, ella con los ojos muy abiertos, la expresión anhelante. Wayne bajó la mirada hacia los labios de Leonora cuando percibió su temblor. La soltó de pronto, se puso en pie, preparó su acomodo para la noche con dos mantas, y se metió bajo una de ellas. Leonora estuvo todavía unos minutos sentada ante el fuego, absorta.

De pronto, se puso en pie, fue a recoger sus mantas y las llevó adonde yacía Wayne Norton, sobre el cual las colocó. Wayne la estaba mirando fijamente. Leonora se quitó las botas, los pantalones y la blusa, se tendió junto a Wayne bajo las mantas, y se abrazó suavemente al expresidiario.

—Llévame contigo —susurró.

Tomó una mano de él y la colocó entre sus senos. Wayne Norton se estremeció al percibir el calor de la carne de la muchacha. Ella aflojó las cintas del corpiño, y entonces la mano de Wayne quedó directamente sobre un pecho tibio y terso, sedoso y turgente. El calor del cuerpo de Leonora pareció envolver a Wayne Norton, que percibía en su boca el aliento de la muchacha.

Cuando la besó, el mundo pareció explotar en el interior de Wayne. Absorbió el aliento de ella, notó la húmeda tibieza de su lengua, la ternura de sus labios mordidos...

Poco después, como entre brumas de dulce aliento, Wayne Norton supo que, para Leonora, era la primera vez.

\* \* \*

Llegaron a Big Spring tres días más tarde, desviándose hacia el Noroeste de modo que Sterling City quedó primero a su derecha y luego atrás.

No tenían ninguna prisa, especialmente porque Wayne comenzó a practicar con el revólver, disparando, y también con el rifle, hasta que finalmente sólo le quedaron media docena de cartuchos en el rifle y una carga completa para el revólver. Entonces dejó de disparar.

Pero no sólo hacían eso. Paraban a la noche y al mediodía, cuando el sol de cien mil demonios parecía capaz de derretir las piedras. Y de día o de noche, a la sombra de unos álamos o robles, o bajo las mantas, la unión de ambos se realizaba; una y otra vez, hasta que llegó el terrible momento en que Leonora se dio cuenta, aterrada, de que estaba amando de verdad a Wayne Norton. Lo que la primera noche hizo como sacrificio, pronto fue para ella fuente de felicidad enorme de placer absoluto que la dejaba inerme en brazos del expresidiario. Hasta que, finalmente, Leonora comprendió, todavía más aterrada, que ni siquiera la primera, vez lo había hecho solamente por seguir junto a aquel hombre al que creía odiar, o al que quería odiar, sino porque se había enamorado de él y deseaba precisamente lo que él le estaba proporcionando.

Era como si en menos de dos semanas no hubiera tenido vida anterior, y todo hubiese empezado con Wayne Norton. Veía con la imaginación a tía Liz como si perteneciera a otro mundo lejano que comenzaba a difuminarse.

A veces, él la sorprendía mirándole, y entonces sonreía y preguntaba:

—¿Qué miras?

—A ti.

—Eso ya lo sé. Pero... ¿qué ves en mí?

—Te amo.

Él parpadeaba. Al poco, cuando divisaban algún lugar adecuado, descabalgaban, y Wayne tendía la manta sobre la hierba amarillenta, mientras ella sentía que el corazón le iba a estallar. En varias ocasiones se amaron directamente bajo el sol. Leonora quedaba como ciega de sol y cielo, inmersa en el placer del amor, abrazada al hombre que ahora llenaba su vida.

Pese a todo, no olvidaba el motivo por el que había abandonado la confortable casa de tía Liz, y se preguntaba qué iba a ocurrir, cómo iba a terminar todo aquello.

Y eso era lo que se estaba preguntando cuando aquella mañana llegaron a Big Spring.

Pero a Wayne le preguntó:

—¿Qué venimos a hacer aquí?

—Venderemos, estos dos caballos y compraremos uno mejor para mí. Compraremos también municiones y víveres. Pero, sobre todo, tengo que ver a un amigo. Estuvimos juntos en la cárcel. Él salió hace un año.

—¿Y cómo sabes que está aquí?

—Así lo convinimos. Tenía que hacer algo por mí, y luego esperarme aquí.

—Pero Big Spring es muy grande. ¿Cómo lo encontrarás?

—Era barbero en la prisión. ¿Te gustaría darte un baño?

—¿En una de esas horribles casas de baños públicos? Claro que no.

—¿Sabes, Leonora? A veces pienso que eres... especial. Como si estuvieras acostumbrada a bañarte en bañera privada. Bien, no olvides comprarte unos guantes. Y compra otros para mí. ¿De verdad no quieres bañarte?

—Ya nos hemos bañado un par de veces en el río —dijo ella.

Y enseguida, se sofocó, porque recordó en el acto lo que habían hecho, desnudos junto al río, además de bañarse. Wayne se quedó mirándola fijamente con sus grises ojos, que ahora parecían más claros que días atrás.

—Encontrarte a ti —murmuró Wayne— es lo mejor que me ha ocurrido en la vida, Leonora.

—¿Por qué?

—Ésa es una buena pregunta —sonrió él; y ella se sofocó de nuevo—. Bueno, ve al almacén a comprar todo eso. Yo iré a la barbería y a vender los caballos. Nos encontraremos en el establo, ¿de acuerdo?

—Sí, Wayne.

Él asintió, esperó a que ella descabalgara frente al general store, y continuó calle adelante, en busca del establo. Algunas personas que transitaban por las aceras de la calle Mayor dirigían breves miradas al forastero, que a su vez iba mirando a derecha e izquierda. Sí, Big Spring era grande, pero nada especial. Como cualquier pueblo de Texas, sólo que en grande. Divisó la barbería, pero no se detuvo, sino que siguió adelante hasta el establo público.

No había nadie allí, de modo que, tras esperar unos minutos, dejó los tres caballos ante la puerta del establo y se dirigió hacia la barbería, observado por

algunos niños y un vejete, el cual, cuando Wayne estuvo fuera del alcance de su voz, lo señaló y dijo:

—¿Veis? Así llevan el revólver los hombres que saben disparar bien. Ni pegado a la cadera, ni demasiado bajo. La culata queda un poco más arriba que la mano caída de natural, y así, cuando tiran del revólver, ya llevan el impulso desde abajo, lo sacan con más rapidez, y... ¡Bang, bang, bang! ¿Comprendéis?

Nada más entrar en la barbería, Wayne Norton vio a Pellman, de espaldas a él, reflejado en el espejo ante el cual se estaba recortando el bigote. Pellman también lo vio y quedó inmóvil, observándole en el espejo.

—Buenos días —saludó Wayne, quitándose el sombrero.

Pellman se volvió, tijeras en mano, en silencio. Había dos sillones en la barbería, y uno de ellos estaba ocupado por un sujeto gordo de cara simpática al que un vejete, sin duda el dueño de la barbería, estaba cortando el pelo. El otro sillón estaba libre.

—Buenos días, forastero —saludó el vejete—. Siéntese, Charlie le atenderá enseguida.

—Gracias.

El vejete lo miró con curiosidad, pero reanudó en el acto su charla con el cliente gordo y simpático. Charla por los codos. Wayne se sentó, y Pellman le colocó el paño por delante.

—Sólo afeitar —dijo Wayne—. Quiero dejarme el pelo más largo.

—Muy bien.

Pellman procedió a enjabonar el rostro de Wayne. En el sillón contiguo, el dueño de la barbería terminó su servicio al cliente gordito, que se puso en pie y se miró al espejo, con aire de gran satisfacción.

—Caramba, señor Rawlings —dijo festivamente Pellman—, el jefe se ha lucido con usted hoy, ¿eh? Debería invitarle a una cerveza.

—¡Claro que sí! —rió el hombre—. Hey, Harold vente a la cantina a tomar un trago.

—Eso no me lo dice nadie dos veces —dijo el vejete, quitándose rápidamente la bata.

Cuando quedaron solos en la barbería, Wayne y Pellman se miraron. Wayne sonrió, llena la cara de jabón.

—Con calma, Charlie —dijo—; no estamos en la prisión, ahora.

—De modo que saliste por fin.

—Ya ves. ¿Cómo te va a ti?

—Bien... Sí, bien. Se está mejor fuera que dentro.

—Sí.

—Llevo una vida tranquila ahora, Wayne. Tengo algunos amigos, y me acuesto con una de las chicas del «West Saloon». Quizá acabe casándome con ella, ¿sabes? Está loca por mí, y tiene algo de dinero, así que tal vez muy pronto podría poner una barbería en otro sitio, y vivir con ella. Me entiendes, ¿verdad?

—Charlie, no he venido a pedirte que te la juegues conmigo, eso es cosa mía. Sólo he venido para preguntarte si los encontraste. Te proporcioné una buena pista, ¿no?

—Era buena, pero no tanto. Tardé casi cuatro meses en encontrarla.

—De modo que los has encontrado —susurró Wayne.

—Sólo a uno. Mira, yo andaba por ahí sin un centavo en el bolsillo, medio muerto de hambre y tenía que viajar en tren metido entre vacas o paja, porque no quería robar un caballo, entiéndelo. En la prisión aprendí el oficio, y sabía que podía ganarme la vida así. No quiero más líos, Wayne. Así que cuando encontré al primero, decidí buscar trabajo. Pensé que si te decía tan sólo donde está uno de ellos tú encontrarías a los demás por medio de él.

—Lo haré. Gracias, Charlie.

—Lo entiendes, ¿verdad? ¡No podía pasarme la vida por ahí muriéndome de hambre!

—Lo entiendo, es suficiente y te lo agradezco. ¿A quién encontraste de los cuatro?

—A Dewey Carter. Ahora está casado, y tiene un almacén de todo en Canyon, unas pocas millas al sur de Amarillo. Las cosas le van muy bien, tiene mucho dinero... Se decía que quizá fuese el próximo alcalde de Canyon.

—De asesino a alcalde... Gran salto, ¿no?

—Sí.

No hablaron más. Charles Pellman terminó de afeitarse a su antiguo compañero de presidio y éste se puso en pie, sacó un rollo de billetes del bolsillo, y miró al asombrado barbero.

—¿Te facilitarían las cosas trescientos dólares, Charlie?

—¿De dónde has sacado tanto dinero?

—Botín de guerra. ¿Qué me dices de los trescientos?

—Prácticamente me lo solucionarían todo. Con lo que ya tengo, lo de Maureen y trescientos, me largaría de aquí a poner mi propia barbería.

Wayne contó trescientos dólares, y los puso en la mano de Pellman.

—No me lo agradezcas... —murmuró Wayne—. Oye, espero que Maureen sea una linda chica, ¿eh?



—Tiene las mejores piernas del saloon. Wayne, no lo he hecho por dinero, no esperaba...

—Olvídalo. Buena suerte, Charlie.

Wayne descolgó su sombrero del perchero de pie, se lo puso y salió de la barbería.

Enseguida vio a los dos hombres.

Estaban en la calzada, delante mismo de la barbería, en actitud de espera, con las manos colgando de los cintos por los pulgares, y le miraban fija y directamente a él. Wayne terminó de ponerse bien el sombrero y dio un paso en el porche... Uno de los sujetos alzó una mano, y señaló con el pulgar hacia atrás, por encima de su hombro.

—¿Aquellos tres caballos son de usted? —preguntó.

—Tal vez.

—¿Tal vez? Nos han dicho que llegó usted con ellos al establo.

—Es posible. En todo caso, a ustedes no les importa.

—Tal vez sí —sonrió el otro—. Sucede que conocemos dos de esos caballos, y las sillas de montar. Y si me apura, conocemos esa cazadora que lleva usted puesta.

—Todos nos equivocamos alguna vez —dijo sosegadamente Wayne.

—Con la cazadora, es posible. Con los caballos, no. Son de Miles y Fenwick, unos amigos nuestros.

—Me parece —sonrió el otro sujeto— que mi amigo Culver le está llamando cuatrero. ¿Es así, Culver?

—Así es, Dean.

Wayne Norton se pasó la lengua por los labios. La gente se había percatado enseguida de que algo podía ocurrir, y se había apresurado a despejar el lugar. Quizá ni siquiera oyeron las palabras del pistolero, pero la actitud de ambos era inequívoca. Y Wayne sabía que la cosa no podría de ninguna manera terminar con palabras.

—Bueno —dijo despaciosamente—, estoy dispuesto a aceptar sus disculpas, y podremos seguir cada uno nuestro camino.

—Ah. ¿Y si no nos disculpamos?

Wayne movió la cabeza.

—Si no se disculpan y se apartan, alguien se quedará aquí.

—¿Qué pasó con Fenwick y Miles?

—Los maté.

El sujeto chascó la lengua.

—Eso estuvo mal, amigo.

Wayne no contestó. Toda su atención estaba centrada en el menor movimiento de aquellos dos hombres..., así que cuando uno de ellos movió por fin la mano, velozmente, él también lo hizo, al mismo tiempo que se dejaba caer de rodillas.

El primer pistolero sólo tuvo tiempo de tocar la culata de su revólver; en aquel instante, la primera bala disparada por Wayne le alcanzó en la frente, pareció arrancarle del suelo, y lo tiró de espaldas hacia el centro de la calzada, lanzando unas pequeñas salpicaduras de sangre hacia el cielo.

El otro hombre llegó a desenfundar, y hasta a disparar. El plomo zumbó secamente por encima de la cabeza de Wayne, y destrozó los cristales de la ventana de la barbería..., mientras Wayne efectuaba su segundo disparo, apretadas las mandíbulas.

La bala dio en el hombro izquierdo del pistolero, lo hizo girar lanzando un aullido, y lo derribó de costado sobre el polvo, cerca del cadáver de su compañero. Pero la pelea no había terminado. El hombre, tendido de costado, conservaba todavía el revólver en la diestra, y apuntó de nuevo a Wayne Norton, lanzando una horrenda maldición.

Wayne disparó de nuevo.

Y esta vez, no tuvo misericordia: la bala se hundió en el pecho del pistolero, justo sobre el corazón, en el que quedó alojada. Hubo un fuerte estremecimiento en todo el cuerpo del pistolero, sus ojos bizquearon, sus piernas dieron tal sacudida que pareció que fuese a ponerse en pie, y, súbitamente, se relajó, giró y quedó de bruces sobre el polvo, todavía con el revolver en la mano.

Wayne Norton estuvo unos segundos mirando en silencio los dos cadáveres. Luego, enfundó el revólver y se volvió. Pellman, lívido, estaba ahora en la puerta de la barbería. Wayne señaló la destrozada ventana.

—Lo siento, amigo. Pero seguro que ellos llevan encima dinero suficiente para pagarla.

Charles Pellman parpadeó, y eso fue todo. Wayne Norton bajó a la calzada, y se dirigió hacia el establo, pasando entre los dos cadáveres. El silencio era tal en la calle Mayor de Big Spring que se oía el zumbido de las moscas.

Cuando llegó al establo, el anciano parlanchín y los niños habían reaparecido. Y con ellos, el encargado del establo. Todos mirando atónitos a Wayne, qué miró al hombre del mandil de cuero.

—¿Está usted a cargo del establo?

—Sí... Sí, señor.

—Quisiera...

—¡Wayne! —sonó el grito—. ¡WAYNE!

Éste giró y vio venir corriendo a Leonora, que llegó y se echó en sus brazos. Wayne la abrazó suavemente, y le pasó la mano por los cabellos. No dijo nada. La gente aparecía, llenaba ahora la calle. Muchas personas corrían hacia los dos hombres tendidos en la calzada. Uno de los niños exclamó:

—¡Ahí está el *sheriff*!

Wayne divisó enseguida al representante de la ley, que caminaba presurosamente hacia los cadáveres de Culver y Dean. El sol se reflejó un par de veces en su estrella de latón, prendida en el chaleco..., y en el cañón del rifle que llevaba en la mano derecha. Wayne miró al encargado del establo.

—Quisiera cambiar estos dos caballos y sus sillas por otro caballo mejor y una silla nueva. Puedo añadir algo de dinero, si es necesario.

—Bueno, sí, yo... tengo algunos caballos mejores que éstos... Sí, tengo algunos.

—¿Puedo verlos?

—Sí, claro...

—El *sheriff* viene hacia aquí —dijo otro de los niños.

## CAPÍTULO IV

Cuando el *sheriff* se detuvo ante Wayne; y Leonora, éstos permanecían abrazados por la cintura, dándole frente. Wayne tranquilo, Leonora palidísima.

—Bueno, forastero —dijo el representante de la ley— hay una cosa segura, por lo que he oído: ellos empezaron primero. Pero será mejor que me entregue su revólver.

—¿Por qué? —preguntó serenamente Wayne.

—Algunas personas les oyeron decir que es usted un cuatrero. Habrá que aclarar eso... ¿Quién, es ella? —mover la barbilla hacia Leonora.

—Mi mujer. También es una cuatrera, claro.

El *sheriff* Atkinson ladeó la cabeza y entornó los párpados, sin dejar de mirar a Leonora Blake. Por fin, soltó un gruñido y miró con enojo a Wayne.

—Bueno, menos cuchufleta, ¿de acuerdo? ¿Qué demonios ha pasado?

—Me confundieron con un tal Fenwick, Les dije que estaban equivocados, que mi nombre es Wayne Norton, pero insistieron. Les dije que ni me llamo Fenwick ni soy un cuatrero, pero que ellos eran un par de idiotas y que se apartaran. Al parecer, no eran grandes amigos de ese Fenwick, y está claro que no quisieron creer de ninguna manera que se equivocaban.

—Y quisieron matarle.

—Pregunte usted.

—Ya he preguntado —gruñó Atkinson; miró a Leonora—. ¿Hacia dónde se dirigen, señora?

—Hacia el Norte —murmuró ella.

—¿Con tres caballos?

—Salimos de San Antonio con estos dos —señaló Leonora los de Miles y Fenwick—, pero tenemos prisa, y los agotamos. En Sterling City compramos este otro —señalo el suyo— y no compramos ninguno más porque a Wayne no le gustaron. Si aquí hay alguno que nos guste, venderemos esos dos... Tenemos prisa.

—¿Por qué?

—Me telegrafieron que mi madre está enferma en Canyon, eso es todo —gruñó Wayne.

—¿De modo que van a Canyon?

—Claro.

Atkinson desvió de nuevo la mirada hacia Leonora, y por un instante su gesto fue decididamente amable. Demonios, él sabía perfectamente distinguir a una dama, vaya que sí. ¡Y aquélla era tan preciosa, tan angelical...! Se veía, además, que no estaba muy acostumbrada a aquellas cabalgadas, así que era digna de admiración por haber querido acompañar a su marido Texas arriba. El sol se había cebado en ella, pero... ¡qué preciosa era!

—Bueno —masculló por fin—, sigan su camino. Pero será mejor que no me estén tomando el pelo. Y otra cosa, si tanta prisa tienen, ¿por qué no tomaron el tren o una diligencia?

—Llegaríamos más tarde con tantos enlaces que yendo directamente a caballo —dijo Wayne.

—Sí, eso es cierto. Bueno, maldita sea, está bien... De todos modos, esos tipos, no me gustaron nada desde que llegaron ayer por la tarde. Buen viaje, señora.

—Gracias —sonrió Leonora—. Es usted muy amable, *sheriff*.

Éste soltó otro gruñido, y se alejó para encargarse de que los cadáveres fuesen recogidos y llevados a la funeraria.

—Ve a terminar las compras —murmuró Wayne—. Pasaré a recogerte con los caballos dentro de unos minutos.

\* \* \*

—Me pregunto —murmuró Wayne— qué habría pasado si tú no hubieras estado allí. Fuiste tú quien convenció al *sheriff* de que éramos personas dignas de confianza. Y me pregunto también, Leonora, cuántas mentiras me has dicho desde que nos encontramos.

—¿Yo te he dicho mentiras? —sonrió ella.

Wayne la apartó un poco, para poder mirarla a los ojos. Estaban los dos bajo las mantas, cerca de la fogata que se iba consumiendo. Muy cerca de ellos se oía el murmullo de las aguas del Colorado River, junto al cual habían acampado aquella noche, siempre hacia el Norte.

Los ojos de Leonora estaban llenos de estrellas, y Wayne pensó que se veían más bonitas allí que en el cielo. Se estremeció.

—Nunca he tenido suerte en nada, Leonora... —susurró—. ¿Por qué habría de cambiar ahora?

—¿Quieres decir que a mí me consideras una suerte para ti?

—Así es.

—¿Sólo porque pude convencer al *sheriff* con mi aspecto ingenuo y delicado?

—¡Oh, vamos...! Eso no tiene importancia. Los dos mentimos bien, habríamos salido del apuro de un modo u otro...

—Eso es cierto —rió ella—. ¡Jamás habría pensado que yo pudiese mentir tan bien!

—Pero puedes hacerlo —dijo él—. Y creo que lo estás haciendo también conmigo.

—¿Se supone que cuando digo que te amo no es cierto, entonces? —susurró ella.

—¿Lo es? ¿Es cierto? Porque cuanto más lo pienso, cuanto más voy conociéndote y valorándote, menos puedo creer que...

Wayne Norton no pudo decir nada más, porque Leonora le besó en la boca y se abrazó fuertemente a él. Fue un beso largo y profundo, el principio de una nueva unión entre ellos, que terminó poco después con los gemidos entrecortados de Leonora Blake. Luego, los dos se quedaron abrazados, contemplando las estrellas.

—Wayne...

—¿Sí?

—¿Por qué dijiste que era tu mujer?

—¿No lo eres?

Leonora Blake se estremeció. Apoyó la cabeza en un hombro de Wayne, cerró los ojos, y suspiró.

—Sí —musitó—. Sí, lo soy.

\* \* \*

Se habían despedido en Tulia, a unas cuarenta millas al sur de Canyon. Leonora había quedado instalada en el «Tulia Hotel», pese a su resistencia. Wayne se había mostrado inflexible: ella debía quedarse allí, sin preocuparse por nada, y esperarle...

—«¿Cuánto tiempo?» —había preguntado Leonora.

—«No más de una semana» —dijo Wayne.

—«¿Y si dentro de una semana no has venido a buscarme?».

—«Entonces, olvídate» —había musitado Wayne Norton.

Ahora, Wayne Norton, a caballo, contemplaba la localidad de Canyon, más allá de la cual se veía el espejear de las aguas del Canyon River, que se deslizaban lentamente hacia Palo Duro Canyon...

—Muy bien —dijo en voz alta el expresidiario—, vamos allá.

Dio un par de suaves taconazos, y el caballo reanudó la marcha, alegremente, quizá presintiendo la inminente llegada a un establo donde dispondría de buen grano y de merecido descanso.

Era media mañana cuando Wayne Norton enfilaba por el sur la calle Mayor de Canyon. El ambiente era tranquilo pese que se notaba cierta actividad ciudadana. Algunas señoras caminaban por las aceras de tablas, y otras por la calzada, protegidas por sombrillas. En la puerta de la barbería había dos sujetos sentados en cómodos balancines, fumando. Al pasar por delante de la oficina del *sheriff*, Wayne vio a éste tras los cristales, sentado ante su mesa. De alguna parte llegaba el golpear de un martillo sobre una herradura. Bucólico.

De pronto, Wayne vio el general merchandises, el almacén para todo que, según Charlie Pellman, era propiedad del actualmente honrado ciudadano y hasta quizá alcalde de Canyon, si es que había conseguido ser elegido. Habría sido gracioso: un asesino, convertido en alcalde cuatro años más tarde.

Aunque bien mirado, no tenía nada de gracia.

Pasó por delante del general merchandises, pensando que tal vez Dewey Carter le estaba viendo a través de los cristales. Pero esto no le preocupaba en absoluto: un hombre en la actual posición de Dewey Carter no se iba a poner a dispararle a traición. ¿Qué podría decir cuando el *sheriff* le preguntase los motivos por los que había disparado contra un forastero?

Un minuto más tarde, Wayne se detenía ante el herrero, un tipo bajo y robusto, fuerte como un toro, que, en efecto, estaba modelando una herradura.

—Buenos días.

El hombre asestó otro golpe, lo miró y sonrió casi amablemente. Tenía cara de bruto amable.

—Hola, ¿qué tal? —correspondió—. ¿Algún problema con los zapatos de su caballo?

—Me parece que no —sonrió Wayne.

—Lástima. Por un par de dólares yo le pondría unos zapatitos nuevos que el muchacho iba a estar encantado. Parece un buen bicho.

—No está mal. Pero llegamos un poco cansados. ¿Qué nos sugiere al respecto?

—Si yo fuera usted dejaría el caballo a mi cargo en el establo, y me iría a tomar un trago y a afeitarme. Luego iría a comer a lo de Percy, y después echaría una buena siesta en el «Palo Duro Hotel».

—Yo no lo habría pensado mejor. Gracias. Bueno, de paso eche una mirada a las herraduras del muchacho..., quiero decir, a sus zapatos. Si cree que es necesario, le ponemos unos nuevos.

—Este muchacho sale de aquí cinco años más joven.

—No creo —rió Wayne, por fin—. ¡Sólo tiene tres!

—Todo un bebé. ¡Jodido calor!

—¿Le gustaría tomarse una cerveza?

—Usted me cae bien —aseguró el herrero.

Se puso sobre el musculoso torso una camisa mientras Wayne desmontaba, y, sin más, se dirigieron hacia la cantina.

—Me gusta este pueblo —deslizó Wayne—. Deben tener un alcalde muy eficiente.

—Lo es, pero está que se cae de viejo. Tuvimos casi que amenazarle para que se presentase a la reelección.

—¡Caramba! ¿Es que no hay nadie más que quiera ser alcalde?

—¡Oh, sí, claro! Pero el viejo Samuelson siempre ha funcionado bien, y los otros dos... pues nunca se sabe. Claro que en las próximas elecciones habrá que elegir a uno de ellos.

—¿Y por cuál votaría usted?

—No sé. Falta tiempo. Pero el señor Carter parece más inteligente que el señor Danham.

—Espero que será más joven que el señor Samuelson.

—Hombre, claro. Cuarenta, o así..., ¡pero tendría que ver usted a su esposa!

—¿Por qué?

El herrero miró, directamente a Wayne, y le guiñó un ojo con gesto divertidamente pícaro.

—Ya me entiende, ¿eh? —dijo.

—Más o menos... —sonrió Wayne—. ¿Guapa?

—¡Ufff! Y tiene un cuerpo de locura. Y es lista. Sí, me parece que Dewey Carter será el próximo alcalde. Pero bueno, falta tiempo para eso, pues las últimas elecciones fueron hace pocos meses.

—De todos modos, por lo que entiendo, el señor Dewey Carter debe ser un hombre afortunado.



—Es el dueño del almacén, y está comprando bastantes cosas en el pueblo, y algunas tierras. Sí, lleva buen camino.

—Y bien acompañado, ¿no?

—¡Exacto! —rió el herrero, dándose un golpetazo en el muslo—. ¡Usted lo ha dicho, bien acompañado!

—¿Viven en el pueblo?

—Seguro. Usted siga hacia el Norte, y cuando esté a punto de salir del pueblo verá una casa en la que le gustaría vivir... Bueno, pues ahí vive el señor Carter.

—Supongo que no admitirán huéspedes. Si tan hermosa es la casa estaría mejor que en el hotel.

—¡Oiga, eso ha tenido gracia! —rió de nuevo el herrero—. ¡Huéspedes, el señor Carter! ¡De veras, mucha gracia...!

—Me parece —sonrió Wayne— que sí le he caído simpático a usted.

\* \* \*

Pero no sonreía, cuando, a media tarde, llamó a la puerta de la casa de Dewey Carter. Le abrió una mujer de unos cincuenta años, que lo miró sorprendida, y enseguida con visible agrado. Wayne se había cepillado afeitado y dormido la siesta, siguiendo el programa del simpático herrero, y no era, ni de lejos, el hombre que pudiese inspirar recelo en modo alguno.

—¿Diga, señor?

—Quisiera hablar con la señora Carter. Dígale, por favor, que es urgente... —la mujer vaciló, y Wayne sonrió, comprendiendo—. No se preocupe, puede cerrar la puerta. Espero aquí mismo.

Un minuto más tarde la puerta volvió a abrirse.

—Pase. La señora le está esperando.

—Gracias.

Se quitó el sombrero, y entró. La mujer señaló hacia la izquierda del vestíbulo, donde había una puerta. La abrió, y Wayne entró en el saloncito. Percibió a su alrededor el grato ambiente, los muebles caros, algunos cuadros, elegantes quinqués... pero era imposible mirar nada de todo aquello con atención estando presente aquella mujer, que, de pie en el centro de la estancia, le miraba con curiosidad.

Era alta, pelirroja, de rostro bellísimo, muy blanco y con algunas pecas, pero destacaban sobre todo sus ojos verdes y muy grandes. Su cuerpo era espléndido, lleno sin exceso, y quedaba muy bien definido por el vestido, un

tanto demasiado escotado, tal vez. Se le veía la parte superior de los pechos, blancos y firmes.

Wayne se fijó en su boca cuando la oyó hablar:

—Buenas tardes.

Era una boca grande y roja, húmeda; la carne parecía tener algo especial allí, brillante, turgente.

—Buenas tardes, señora. Soy Wayne Norton.

—Mucho gusto, señor Norton. ¿No quiere sentarse?

Wayne se la quedó mirando. De modo que ella no se había inmutado al oír su nombre. Muy bien, estaba claro, entonces, que Dewey Carter jamás le había hablado del Viejo asunto a su mujer. Era lógico. La había conocido después de aquello, ella era por lo menos quince años más joven que él, hermosa... ¿Le iba a explicar que antes de conocerla se había dedicado al robo y al asesinato?

—Gracias.

Se acercó a un sillón, esperó a que ella se sentara y lo hizo entonces. La señora Carter le miraba con amable curiosidad, incluso con evidente interés. Su mirada se detuvo un instante en las fuertes manos de Wayne, y luego en la sólida y puntiaguda barbilla masculina. La señora Carter parpadeó.

—Bien, señor Norton —murmuró—, usted dirá a qué debo el placer de su visita.

—Me temo, señora, que no va a ser ningún placer. La verdad es que yo he venido a Canyon a matar a su marido.

## CAPÍTULO V

La señora Carter no se movió, de momento. Sólo sus ojos se abrieron un poco más, y un segundo más tarde se llevó una mano al pecho.

—¿Qué ha dicho usted?

—Que he venido a matar a su marido.

—Pe-pero usted... ¡Usted debe estar loco!

—No, señora.

—Oh, Dios mío... ¿Es usted un pistolero?

—No tal como usted parece entender eso. Pero sí, disparo bastante bien. Lo suficiente para haber escapado de las dos encerronas en las que, hasta el momento, ha querido hacerme caer su marido.

—¡Usted no sabe lo que dice!

—Primero envié a dos sujetos llamados Miles y Fenwick, que me esperaron a la salida del presidio de Yanceville y...

—¿Del presidio? —exclamó ella.

—Sí. He permanecido cuatro años allá dentro, por complicidad en un robo, en el que finalmente quedé herido. Su marido y tres amigos suyos dispararon contra mí y contra un *sheriff* llamado Michael Blake. Al *sheriff* lo mataron, y a mí me dejaron por muerto. Como no estaba muerto, en cuanto curé de mis heridas fui juzgado y condenado a cuatro años solamente, porque tenía atenuantes. Mientras tanto, su marido y otros tres hombres, llamados Cassius Farber, John Murdock y Peter Edge, escapaban con el botín. Más tarde debieron enterarse de que no había muerto, supieron lo de mi condena, y, convencidos de que al salir los buscaría para pedirles cuentas, enviaron cuatro hombres contra mí. Primero, Fenwick y Miles, en el llano, que tras seguirme un par de días por si yo me llevaba algún truco, decidieron matarme una noche. Luego, en Big Spring, me tropecé con dos más, llamados Culver y Dean, que debían acudir a ver qué había ocurrido con sus amigos contratados en primera instancia por el marido de usted. También quisieron matarme, naturalmente. Cada uno de ellos cobró doscientos dólares por ello. ¿Me ha entendido usted, señora?

La hermosa pelirroja se llevó ahora una mano a la frente.

—Sí, le... le he entendido, pero...: ¡eso que usted dice no es cierto! ¡No puede serlo!

—Supongo que si no me cree a mí, creará a su marido. Pregúntele.

—Sí, lo... lo haré. ¡Pero no es cierto!

—Tan cierto como que vengo a matarle.

—¡No!

—Bueno, quizá podríamos llegar a un arreglo su marido y yo. Cuatro años de reflexión han sido suficientes para que yo haya encontrado varias soluciones a nuestro asunto.

—¿Qué clase de... arreglo quiere usted?

—Ellos se llevaron sesenta mil dólares aquel día, y yo me quedé con dos onzas de plomo en el cuerpo, y luego con cuatro años de prisión, Dígale a su marido que lo olvidaré todo a cambio de cien mil dólares.

—¿Qué? —saltó en el asiento la señora Carter—. ¡Cielos, cien mil dólares!

—¿Le parece demasiado?

—¡Es una locura! ¡No tenemos tanto dinero!

—Pero pueden reunirlo vendiendo cosas, ¿no?

—¡Quedaríamos arruinados!

—Peor es quedar muerto, señora. Porque quiero que le diga a su marido que no he llegado solo a Canyon, sino que cerca de aquí me están esperando unos amigos del presidio a los que cité para estas fechas. En total, somos once hombres. Si ustedes me dan los cien mil dólares, yo me iré, les daré su parte a mis amigos, y aquí no ha pasado nada. Si no me dan ese dinero, mataré a su marido..., por muchos pistoleros que él insista en contratar. Esto me parece que también está muy claro, ¿verdad?

—Dios... Dios mío... ¡Pero es que no podemos reunir tanto dinero, no lo tenemos! Y además, ellos fueron cuatro, según dice usted... ¿Por qué exigirle sólo a mi marido?

—Porque no sé dónde están los otros tres, señora. Si lo supiera, le pediría a su marido veinticinco mil dólares y la misma cantidad a los otros tres. Total, cien mil dólares. Lo mismo me da que los pague sólo su marido o entre los cuatro.

—¿Y si le pagan..., usted y sus amigos no nos harán daño alguno?

—Ya tuve suficiente con cuatro años, señora. No quiero más líos. Lo olvidaré todo a cambio de esa cantidad, me iré a otro Estado a vivir como un potentado, y eso será suficiente para mí. De todos modos, ya le he dicho que

no sé dónde están los otros tres, así que el dinero tendrá que dármelo su marido.

—¿Y si supiera usted dónde están los otros tres?

—Ya se lo he dicho. Le pediría veinticinco mil dólares a cada uno. Tendré que ir de un lado a otro, pero eso no me importa. Después de cuatro años encerrado no es ni mucho menos desagradable ir cabalgando por Texas, créame. Y no tengo demasiada prisa.

—Eso me tranquiliza, porque comprenderá que no es fácil reunir rápidamente veinticinco mil dólares en efectivo.

—¿Quiere decir que está dispuesta a convencer a su marido de que debe pagar esa cantidad... y decirme dónde están los otros tres?

—Tengo que elegir entre eso, pagar nosotros cien mil dólares que no tenemos, o quedarme viuda, ¿no es así, señor Norton?

—Sí —dijo amablemente Wayne—. Parece que sólo puede elegir entre esas tres cosas, señora.

—Pues elijo la primera: que cada uno pague su parte... ¿Por qué hemos de pagar nosotros solos?

—A mí me parece acertado, pero me pregunto si su marido estará dispuesto a aceptar este trato. Es como traicionar un poco a sus tres amigos, ¿no le parece?

—¿Y no le parece a usted que sería peor morir o pagar cien mil dólares?

—Sin duda alguna... —sonrió Wayne secamente—. Se me está ocurriendo que quizá yo podría ahorrarme muchas molestias, y cabalgar por el simple gusto de hacerlo, sin tener que buscar ya a nadie, si su marido, simplemente, les dijera a los otros que le enviaran cada uno veinticinco mil dólares. Yo cobraría aquí los veinticinco mil y...

—¿De verdad cree que ellos pagarían, que le enviarían el dinero a mi marido... sin verle a usted y escucharle como estoy haciendo yo? Podrían pensar que es un truco de Dewey para sacarles ese dinero.

—Claro. Sí, es cierto. De todos modos, no les gustará que yo les diga que les he encontrado gracias a ustedes.

—Pero usted no se lo dirá, señor Norton —sonrió encantadoramente la pelirroja—. ¿Por qué habría de hacerlo? Sólo conseguiría que ellos se enfadasen con mi marido, al que usted ha encontrado por sus propios medios. Lo mismo podría ser con ellos, ¿no? Yo le... agradecería mucho que no mencionara que habíamos sido nosotros quiénes le facilitamos la información. ¿Qué ganaría usted, por su parte, diciéndoselo?

—Realmente, nada —sonrió de nuevo Wayne—. Es usted una dama muy inteligente, señora Carter. Y encantadora, si me permite decírselo.

—Ya está dicho —rió ella—. Y gracias. ¡Dios mío, todo esto es increíble! Pero usted lo dice todo con tanta seguridad, que supongo que ha de ser verdad y que Dewey no podrá negármelo.

—Espero que le convenza usted de lo que más les conviene.

—Oh, espero hacerlo, desde luego. Es todo tan inesperado. Mi marido un asesino, eso de que ha contratado pistoleros... ¡Es increíble!

—Sólo lo parece.

—Sí... Bien, señor Norton, ya le avisaré cuando pueda darle una respuesta. Bueno, quisiera que todo se hiciese tan discretamente... ¿Dónde está alojado usted? ¿O quizá está acampado con sus amigos fuera de Canyon?

—No. De momento estoy solo en el hotel «Palo Duro». Ellos me esperan cerca de aquí, un poco impacientes por cobrar. Y a propósito de cobrar, señora: necesito un poco de dinero con toda urgencia. Si usted pudiera... No salimos ricos del presidio, ¿sabe?

—Lo comprendo. Tengo siempre dinero en casa, claro. ¿Le bastarían, de momento, quinientos dólares?

—Me las arreglaría.

—Espere aquí un momento, por favor. Sírvase un *whisky*, si quiere.

La señora Carter se puso en pie, señalando el aparador, y abandonó el saloncito. Wayne se puso en pie a su vez, miró alrededor, y aprobó con un gesto. Sí, así era la casa donde a uno le gustaría vivir, en efecto. Benny, el simpático herrero al que había estado sonsacando hábilmente entre broma y broma, había tenido razón en todo. Empezando por la belleza de la señora Carter, desde luego. De modo que así vivía ahora un asesino traidor...

La señora Carter regresó cuando Wayne se estaba terminando el *whisky* que se había servido en un elegante vaso, de una botella de cristal tallado. Le tendió un rollo de billetes, que Wayne se guardó sin mirarlos. Dejó el vaso en el aparador.

—Gracias por todo, señora. Sólo espero que su marido se comporte tan inteligentemente como usted. Buenas tardes.

—Adiós, señor Norton.

Wayne salió del saloncito, y ella fue hacia la ventana, desde donde lo vio salir al porche, recorrer el senderillo del jardín, y llegar a la calle. Wayne se puso el sombrero entonces, y se alejó con lentas y largas zancadas. La señora Carter se fijó en su revólver.

—Es un hombre peligroso —murmuró.

Se sentó en un sillón, pensativa. Y apenas hacía cinco minutos que se había marchado Wayne Norton cuando oyó la puerta de la casa. Enseguida, su marido apareció en el saloncito.

—Sheila..., ¿qué ha ocurrido?

Ella le miró serenamente. Se fijó en que Dewey llevaba revólver, cosa que hacía tiempo que no sucedía. Pero estaba asustado. Y tenía motivos: si Wayne Norton se había desembarazado de cuatro pistoleros profesionales estaba bien claro que era un tipo de cuidado. Claro que Dewey también lo había sido..., y podía continuar siéndolo, si llegaba la ocasión.

—¿A qué te refieres, querido? —preguntó.

—¡Sé que él ha estado aquí, ese Norton!

—Ah. ¿Y has esperado a que él se fuera para venir? Vaya, no te has apresurado a venir a protegerme, ¿verdad?

Dewey Carter acusó el golpe apretando los labios. Luego se acercó al aparador, contempló con el ceño fruncido el vaso dejado a medias por Wayne, y se sirvió un trago en otro vaso. Se volvió hacia su esposa.

—¿De qué habéis estado hablando todo ese rato? —gruñó Sheila contempló especulativamente a su marido. Tenía cuarenta años, era alto, atractivo, fuerte. Un hombre en la plenitud de sus facultades.

—Ha empezado diciéndome que está en Canyon para matarte, y luego ha dicho que las cosas podrían arreglarse con cien mil dólares...

Cuando Sheila Carter terminó la completa explicación, su marido estaba sentado frente a ella en otro sillón, había terminado el *whisky*, y acababa de encender un cigarro. En la ventana se veía el rojo resplandor del sol poniente.

—De modo que tiene diez hombres esperando ahí fuera...

—Eso ha dicho. ¿Crees que es cierto?

—Podría serlo. Esos tipos se hacen muy amigos en el penal, y luego se ayudan unos a otros cuando salen, lo sé. Bueno, diez hombres de éstos son muchos hombres, así que... tendremos que buscar una solución.

—Veinticinco mil dólares y todo solucionado. Ah, y las direcciones de donde están ahora tus amigos Murdock, Edge y Farber. ¿Sabes dónde están?

—Sí. Y también sé que sólo uno, Edge, podría quizá reunir esa cantidad. Los otros dos no han sabido aprovechar las buenas ocasiones.

—Pues lo tenéis todo muy difícil, querido. No me ha parecido que Wayne Norton esté bromeando.

—No. Pero está mintiendo... ¡No comprendo a ese hombre!

—Y yo no te comprendo a ti —se desconcertó Sheila—. ¿En qué está mintiendo él y qué es lo que tú no comprendes?

—No comprendo que se dejara meter cuatro años en prisión sin tener culpa alguna de nada.

—Pero ¡qué dices...! ¡Tomó parte con vosotros en un robo de sesenta mil dólares y dices que no tuvo culpa de nada!

—No —negó Carter—, él no tomó parte en el robo. Fue el otro quien nos ayudó aquella noche, el que lo preparó todo para que pudiésemos entrar al banco, abrir la caja... No fue Norton, fue el otro.

—¿Qué otro? ¿Quién más había?

—El *sheriff*. Fue el *sheriff* Michael Blake quien nos lo preparó todo, a cambio de una buena parte, y nos ayudó a entrar al banco, a abrir la caja... A todo.

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—¡Ya te lo he dicho, fue Blake quien nos ayudó, no Norton!

—¿El propio *sheriff* os ayudó a robar sesenta mil dólares?

—A cambio de veinte mil para él. Y nosotros cuatro nos habríamos quedado con diez mil cada uno. Bueno, él había sido el que lo había organizado todo, el que había corrido más riesgos, así que nos pareció bien que se quedase el doble que cada uno de nosotros... Pero luego lo pensamos mejor, y decidimos quedárnoslo todo nosotros, así que cuando estuvimos fuera del pueblo le metimos unas cuantas balas en el cuerpo y le quitamos el dinero. Fue entonces cuando apareció Wayne Norton a caballo. Luego supimos que tenía un pequeño ranchito reseco por allí cerca, con tres o cuatro vacas o así... El caso es que debió oírnos galopar, y luego debió oír los disparos, y como debía tener el caballo todavía ensillado se acercó a ver qué pasaba. Como comprenderás, en cuanto le vimos aparecer le disparamos y nos largamos de allí, dejándolos a los dos muertos..., es decir, nosotros creíamos que los dos estaban muertos, pero no fue así, claro. Y no teníamos mucho tiempo para asegurarnos, porque, luego lo supimos alguien del pueblo nos vio cuando nos alejábamos del banco, sospechó algo y cuando vio abierta la puerta de atrás, que daba a un callejón corrió a avisar al *sheriff*...

—Pero el *sheriff* Blake estaba con vosotros, ¿no? —no salía de su asombro Sheila.

—Claro que estaba con nosotros. Como no lo encontraron en el pueblo, inmediatamente se organizó un grupo para perseguir a los cinco jinetes que aquel maldito tipo vio alejarse del banco.

—Pero ¿no reconoció al *sheriff* Blake?

—Evidentemente, no. Más adelante supe cómo había ido el juicio contra Norton y todas esas cosas. El muchacho estaba mal herido, así que ante todo



lo cuidaron, a pesar de que las cosas estaban de lo más claras para los del pueblo: habían visto cinco jinetes alejándose del banco, y a cinco jinetes perseguían; pero resultó que sólo escaparon cuatro, y que cerca del camino estaba muerto el *sheriff* Blake y mal herido Wayne Norton, que por cierto no tenía muy buena fama, parece que había sido un tipo poco menos que fuera de la ley antes de comprarse aquella mierda de ranchito... ¿Qué pensaron todos? Pues que los cinco jinetes eran los cuatro que habíamos escapado más Wayne Norton, y que el *sheriff*, siempre alerta, nos había alcanzado en el camino y le habíamos matado..., disparando también contra Norton cuando éste quiso oponerse a que matáramos al *sheriff*. Así que nosotros cuatro pudimos escapar, y a Norton lo metieron en prisión.

—¡Pero esto es absurdo! Wayne Norton sabía perfectamente que él no había tomado parte en el robo, así que debió decirlo... ¿Por qué no lo hizo?

—Eso es lo que no comprendo. En ningún momento acusó a Blake de haber sido nuestro cómplice, pese a que cuando le hablaron de que habían visto cinco jinetes y le acusaron de ser él uno de esos cinco jinetes, tuvo muy fácil deducir que el quinto jinete que había estado robando en el banco no podía ser otro que Blake. Estoy seguro de que Norton tuvo que comprenderlo todo. Sin embargo, confesó haber tomado parte en el robo, dijo que había sido herido al impedir que matásemos a Blake, lo que habría complicado mucho más las cosas para nosotros, y eso fue todo. Consideraron que tenía atenuantes y le condenaron a cuatro años.

—¿Y no os delató a vosotros?

—¿Cómo había de hacerlo, si ni siquiera conocía nuestros nombres, ni nos había visto antes?

—Entonces, ¿cómo pudieron creer que se hubiera asociado con vosotros?

—Dijo que nos habíamos visto un par de veces cerca de su ranchito, que nosotros le habíamos preguntado cosas del pueblo, del banco..., y que cuando comprendió lo que estábamos tramando nos propuso ayudarnos a cambio de una parte, pero que ni siquiera quiso saber quiénes éramos, pues luego él se quedaría allí un tiempo con el dinero escondido antes de marcharse rico a otro sitio, y que no nos volveríamos a ver.

—¿Y le creyeron?

—Claro. Todo parecía indicarlo así, y si el muchacho se confesaba cómplice de nosotros, ¿por qué iba a mentirles en otras cosas? Despertó algunas simpatías cuando declaró que nosotros le habíamos querido matar a él precisamente por intentar defender al *sheriff* Blake y, seguramente, si no

hubiera tenido ya algo de mala fama aún le habrían condenado a menos de cuatro años. Así que allá se quedó su ranchito miserable, y él fue a prisión.

—Y todo eso, sin tener ninguna culpa absolutamente en nada. ¡No puedo entenderlo!

—Yo tampoco. Han pasado más de cuatro años, y todavía muchas veces me pregunto qué pasó por la cabeza de Wayne Norton. Y encima, ahora se presenta aquí y se pone a hablar contigo como si, en efecto, él hubiera sido nuestro cómplice en aquel robo.

—Quizá lo hace para exigiros ese dinero.

—¡Qué tontería! ¿Acaso nosotros cuatro no sabemos perfectamente que Wayne Norton no intervino en el robo?

—Entonces, puede ser un chantaje.

—Eso lo entendería perfectamente —asintió Dewey Carter—. Lo que no consigo entender es por qué aceptó entonces ser encarcelado, y por qué viene aquí comportándose como si en efecto hubiera sido nuestro cómplice... ¡Demonios, no consigo entenderlo, Sheila!

—Quizá esté loco —rió la hermosa pelirroja.

—Quizá. Pero loco o no, si se ha cargado a cuatro hombres como Miles, Culver, Fenwick y Dean habrá que tener mucho cuidado con él. En el fondo, yo me temía algo de esto... Me pareció tan raro todo lo que aceptó ese muchacho que me quedó la mosca tras oreja. Ni una queja, ni una protesta, nada... ¿Cuatro años de, prisión? Pues muy bien, a la prisión sin rechistar. Por fuerza yo tenía que estar mosqueado, ¿no?

—Y por eso has estado atento al día de su salida, para que lo eliminasen de una vez.

—Sí. Y ya ves que tenía razón. Pero es cierto que él no nos conocía, que no sabía nuestros nombres, nada... Así que me pregunto: ¿quién le habló de nosotros, cómo supo luego nuestros nombres y cómo encontrarme a mí?

—Alguien se lo dijo, está claro.

—Pero ¿quién? Solamente el *sheriff* Blake pudo decírselo, y a Blake lo matamos.

—¿Estás seguro de que murió en el acto?

—¿Eh...? ¿Qué?

—Quizá no murió en el acto. Quizá habló con Norton antes de morir.

—Podría ser. Pero ¿te parece sensato que convenciera a Norton para que cargase con sus culpas?

—No. A menos que Norton, además de estar loco, sea un idiota total. A mí no me lo ha parecido. Ni una cosa ni otra. Es calmoso, frío e inteligente. Y

sea lo que sea lo que hizo o lo que esté planeando hacer, lo ha meditado muy bien. Ten cuidado, Dewey; no cometas el error de considerar tonto a ese hombre.

—Bueno, yo tampoco soy tonto, ¿verdad? Así que si tiene diez hombres esperando habrá que descartar la idea de enviar a alguien más para que lo mate... Sus amigos nos harían luego pedazos, de eso estoy seguro. Conozco bien a esa gente que han estado juntos entre rejas.

—Ya lo has dicho antes, querido. ¿Vas a decirme ahora que tú también estuviste preso alguna vez?

—Quizá sea el momento de hacerlo —sonrió Carter—. Es cierto, estuve preso dos años. ¿Y qué?

—Eres toda una joya, mi amor.

—¿Y tú? Estabas de puta principal en aquel saloon de Abilene cuando te conocí, ¿no es cierto?

—¿A qué viene ahora esa grosería? ¡Sabes muy bien que no estaba de eso, sólo bailaba!

—Pero te acostabas con quien te, pagase bien, ¿no es así? Vamos, Sheila, menos tonterías. Te acostabas con el alcalde, con el propietario del saloon, con algunos de los ganaderos más ricos... La más fina puta en cien millas a la redonda. ¿Sí o no?

—Eres una mala bestia, Dewey.

—De acuerdo. No discutamos. Estamos en un apuro y tenemos que resolverlo, ¿no es cierto? Así que pensemos en el modo de quitar de en medio de una maldita vez a ese chiflado que se ha pasado cuatro años encerrado por culpa de otro...

## CAPÍTULO VI

El día siguiente transcurrió muy apacible en Canyon.

Wayne Norton se dedicó a descansar, a tomar unas cervezas, a charlar con el herrero Benny y con algunos ciudadanos en la cantina... Nada importante.

Pero la tarde del segundo día sí trajo una novedad que hizo fruncir el ceño a Wayne. Primero aceptó con toda naturalidad la llegada de una de las diligencias de la Texas Overland procedente del Sur, que llegó precisamente cuando estaba charlando con Benny. El parador de la Texas Overland estaba a menos de treinta metros de la herrería-establo, así que ellos dos no tuvieron que molestarse en correr hacia allí, como hacían otras personas, para ver quién viajaba en la diligencia.

Del vehículo se apearon varias personas, pero, en el acto, la atónita mirada de Wayne Norton quedó fija en una sola de ellas. Una bellísima, encantadora y espléndida damita de rubios cabellos y grandes ojos castaños, que lucía un precioso vestido, sombrero, y sostenía en una de sus enguantadas manos una sombrilla cerrada. Un sueño de mujer.

—Mi madre... —farfulló Benny—. ¡A la señora Carter acaban de convertirla en una bruja! ¡Mire eso, señor Norton!

Naturalmente, Benny señalaba con el martillo hacia la preciosa viajera, que estaba pidiendo su equipaje al ayudante del conductor, encaramado éste en lo alto de la diligencia. Desde allí, ayudó a la muchacha a hacerse con una bonita maleta de tela de alfombra, y la muchacha fue a depositarla en la acera de tablas, ante el parador...

—¡Un ángel del cielo! —puso los ojos en blanco Benny—. ¡Por todos los demonios, ha llegado un ángel a Canyon! ¡Y me parece que viene hacia aquí...!

En efecto, la muchacha caminaba graciosamente hacia la herrería-establo, pero Wayne Norton todavía no conseguía reaccionar. Se había quedado un poco pálido. ¿Estaba loca? ¡Le había dicho que se quedara esperándole en Tulia! Y sin embargo, allí estaba Leonora, como una visión absolutamente nueva.

—Buenas tardes —llegó saludando Leonora, mirando al estupefacto Benny—. ¿Es usted de la cuadra, señor?

—¿Eh...? Oh, yo... Sí, sí... ¡Así es!

—Acabo de llegar a Canyon —sonrió ella, todavía sin mirar a Wayne, y señalando hacia la diligencia con la sombrilla—, y me voy a quedar aquí unos días, esperando a unas personas. ¿Podría alquilarme un caballo durante esos días?

—¡Por supuesto que sí! ¡Los que quiera!

—Me bastará con uno —rió Leonora, mostrando una nueva belleza en su garganta—, pero es usted muy amable. Vendré por la mañana, para dar el primer paseo. ¿A las once estará bien?

—A las once tendrá usted preparado mi mejor caballo, señorita. ¡Se lo juro!

—Muchas gracias... ¿Tengo que pagarle algo ahora?

—¡De ninguna manera!

—Muchas gracias otra vez. Bien, hasta mañana... Buenas tardes, señor —miró, chispeantes los ojos, a Wayne.

Leonora se alejó, y Benny le dio un codazo a Wayne.

—¿Se ha fijado? ¿Eh? ¿Se ha fijado? ¡Ella sí es toda una auténtica señorita! ¡Mi madre, qué cosa tan rica...! Oiga, señor Norton —Benny se echó a reír—, se ha quedado usted patituerto, ¿eh?

Cuando menos, Wayne Norton estaba profundamente impresionado. De sobras conocía él las bellezas del cuerpo de Leonora, pero sólo la había visto desnuda y vestida con ropas de hombre. Ahora, al verla vestida de aquella manera con tanta naturalidad, comprendió definitivamente que no podía ser la clase de mujer que se ha pasado la vida cabalgando con una familia bordeando los límites de la ley por toda Texas.

—Caray —reía Benny—, ¡hasta se ha quedado usted mudo! Vamos, reaccione, señor Norton. Oiga, me parece que la muchacha va al hotel... ¿Por qué no la ayuda a llevar esa pesada maleta?

—Me voy a tomar un trago —gruñó Wayne, por fin.

—Me reúno con usted dentro de unos minutos... ¡Y beberemos a la salud de esa preciosa criatura! ¿De acuerdo?

—¿Por qué no? —sonrió torcidamente Wayne.

Y se dirigió hacia la cantina. Ya tendría tiempo de hablar con Leonora...

Se dispuso a hacerlo después de haber tomado unos tragos con Benny y de cenar. La noche anterior había estado un buen rato con Benny y otros tipos en

la cantina, pero esta noche tenía algo más importante que hacer. Sabía que Leonora estaba en el mismo hotel, de modo que se encaminó hacia allí.

De pronto, en la penumbra de la acera de tablas bajo los porches, una figura apareció ante Wayne, cuya mano cayó en el acto sobre la culata del revólver. Oyó el respingo, y enseguida la voz de la mujer, a la que ya había identificado: la criada de los Carter.

—Soy yo, señor Norton, ¡soy yo! —se sobresaltó la mujer.

—Perdone... —murmuró Wayne—. Ha aparecido tan de repente...

—Me... me envía la señora Carter, para entregarle esto.

Le puso un sobre en la mano, y se alejó rápidamente. Wayne estuvo unos segundos inmóvil con el sobre en la mano. Luego, se acercó al borde de la acera, bajo la luz de uno de los faroles de queroseno, y extrajo la nota del sobre.

«Señor Norton, le espero a las diez de la noche en la parte de atrás de mi casa. Por favor, sea discreto.

»Sheila Carter».

Wayne Norton lió un cigarrillo, prendió una cerilla y con ésta el papel; con el papel encendió el cigarrillo, aplastó las cenizas, y se dirigió hacia la plaza. En el reloj del ayuntamiento eran las nueve y veinte. Había poquísimas personas circulando por el pueblo. De las ventanas de dos cercanos saloons llegaba música y gritos.

¿Podía ser una trampa? Lo desechó. Los Carter no podían saber que era falso que él tuviera diez hombres esperándole cerca de Canyon, así que no iban a correr ese riesgo. Entonces, ¿iba a cumplir su parte Dewey Carter? Al pensar esto, Wayne sonrió fríamente. Por supuesto que sabía que Carter jugaría sucio. La cuestión estribaba en saber cuál de los dos podía jugar más sucio, si él o Dewey Carter.

Estaba allí, pensativo, cuando de pronto vio aparecer a Dewey Carter, caminando por la acera del otro lado de la calle. Se quedó inmóvil en el porche, viéndole pasar. Carter entró en su almacén, se encendió la luz en éste y la puerta se cerró.

A las diez menos diez; seguía allí dentro.

Wayne se dirigió hacia la casa de los Carter, pero no por la calle Mayor, sino por la calle de atrás. Llegó sin contratiempo alguno, pero vigilante. Al poco de estar allí esperando, en la sombra, sonaron las diez en el reloj de la plaza. Muy poco después, se abrió la puerta de atrás de la casa de los Carter, y Sheila apareció, haciéndole señas. Wayne entró en la casa, y ella cerró rápidamente la puerta.

Se hallaban al extremo de un corto corredor, hacia el fondo del cual se veía el recibidor.

—Gracias por venir —murmuró ella—. Tenía que entregarle el dinero, pero no quería que nos viesen.

—Lo comprendo, señora —murmuró Wayne.

Sheila Carter parecía rodeada de un penetrante aroma, y llevaba un vestido oscuro y escotado que contrastaba con su blanca piel. Se le veía más de la mitad de, los pechos, altos, hinchidos, bellísimos. Su cabello estaba peinado hacia arriba, dejando al descubierto el esbelto cuello y las orejas.

Entre esta tentadora visión y la mirada de Wayne se interpuso el sobre que Sheila le tendió, diciendo:

—Voy a rogarle que acepte esto de momento, señor Norton. Supongo que se enteró usted de que mi marido fue ayer a Amarillo...

—Sé que salió a caballo por la mañana y regresó a media tarde. ¿No están los veinticinco mil?

—Sólo ha podido reunir diecisiete mil... ¡Por favor, señor Norton, acepte esta cantidad de momento! Dentro de poco podremos darle el resto. Y mientras tanto, verá dentro del sobre un papel donde están anotadas las direcciones de los otros tres hombres que le dispararon. ¿Le parece bien así? ¡Por favor!

Wayne abrió el sobre, y sacó los fajos de billetes, que se fue metiendo en los bolsillos. Luego, miró el papel en el que estaban escritos los nombres de Peter Edge, Cassius Farber y John Murdock, con la indicación del lugar donde vivían. Al parecer, los cuatro asesinos no sabían alejarse mucho unos de otros, pues el que más lejos se hallaba, Edge, residía en Wichita, es decir, a menos de doscientas cincuenta millas. De todos modos, era una larga galopada de varias jornadas. A menos que fuera cambiando de caballo o tomara una diligencia que fuera cambiando de tiro, claro...

Se guardó el papel.

—Está bien, señora Carter. De acuerdo. Volveré dentro de un par de semanas a buscar el resto.

—Gracias... Gracias, Wayne. ¿Quiere... tomar una copa? Estoy sola en casa. Dewey está en el almacén, haciendo inventario o algo así.

—¿Y su criada?

—Oh, ella no vive aquí, sólo viene durante el día.

—Ya.

—¿Viene? —susurró Sheila, tendiéndole una mano.

Wayne miró la mano. Luego, miró el profundo escote de la hermosa pelirroja, y los tersos hombros. El perfume de ella casi le estaba mareando. De pronto, Wayne subió las manos, las puso en los hombros de Sheila y las deslizó hacia los bordes, retirando el vestido, que cayó brazos abajo; suavemente, el expresidiario bajó entonces la parte delantera del vestido.

Tal como le había parecido, Sheila Carter no llevaba más ropa debajo, de modo que sus pechos aparecieron con leve vibración, bellísimos. Wayne puso las manos en ellos y miró los ojos de la mujer, que susurró:

—¿Te gustan?

Él asintió, pasándose la lengua por los labios. Ella le sonrió cálidamente.

—Ven adentro —susurró.

—Vamos al dormitorio —deslizó Wayne.

—Como quieras —ella se colgó de su cuello, de modo que los pechos se aplastaron en las manos de Wayne—. Pero no tenemos ninguna prisa, mi marido vendrá tarde, como otras veces...

Le besó en la boca. Wayne permaneció inmóvil, rígidos los labios, hasta que ella se apartó y le miró sorprendida.

—¿Qué te ocurre? —susurró—. ¿Por qué no me besas?

Wayne la apartó un poco, y los dedos índice y pulgar de sus manos aprisionaron los pezones de los magníficos pechos femeninos. Sheila emitió un quejido y quiso retirarse, pero él apretó más, y ella quedó inmóvil para evitar más dolor. Su desorbitada mirada se posó en los grises ojos de Wayne Norton, que susurró:

—Sospechaba que una mujer como la que usted parece ser no podía haberse unido a un tipo como Carter, pero a veces pasan estas cosas, lo sé bien; uno que vale y otro que es sólo basura. En el caso de ustedes dos, sólo hay basura. Y yo, señora, decidí hace ya tiempo no hundir mis manos en la basura...

—Me... me está haciendo... daño —gimió ella.

—No sé lo que usted y él pretenden con esto de meterme en su cama. Supongo que engañarme con sus encantos y manejarme luego para traicionarme. Pero debe olvidar eso, señora; simplemente, reúna el dinero que falta, porque volveré a por él. Nada de trampas.

—No es una... una trampa... Me gustas, y...

Sheila casi gritó cuando Wayne apretó más sus dedos y se retorció. De pronto, él la soltó y ella retrocedió, casi cayendo. Estaba lívida.

—No lo olvide, señora: nada de trampas. Y guárdese las ubres. Le aseguro que no me impresionan.



Wayne Norton dio media vuelta, salió de la casa y se dirigió lentamente hacia su hotel.

Poco después entraba en su habitación. Cerró la puerta, encendió una cerilla y prendió el quinqué. Cuando se volvió hacia la cama la vio a ella, sentada en el borde, mirándole.

—Wayne —susurró la transformada Leonora.

Él dejó caer la cerilla y la contempló hoscamente, conteniendo la intensa emoción que sentía. Una emoción absolutamente sincera. Pero... ¿era también sincera Leonora? ¿O era como Sheila Carter? Y si era así, ¿qué buscaba en él o de él Leonora?

—Te dije que te quedaras en Tulia —murmuró.

—Lo sé. Pero no quise estar más tiempo separada de ti.

—Sólo se trataba de unos días.

—Ni aun así, Wayne.

Éste se quedó mirándola. Todavía llevaba el mismo vestido. Benny había tenido razón: angelical... Recordó Wayne sus propias palabras de poco antes dirigidas a Sheila: uno que vale y otro que es sólo basura. En aquel caso, él era la basura, desde luego. ¿O no?

Leonora se puso en pie, se acercó a él y se colgó de su cuello. Se disponía a besarle en la boca cuando de pronto apartó el rostro y musitó:

—¿A qué hueles?

—A mujer sucia. La mujer de Carter acaba de besarme en la boca y quería llevarme con ella a la cama.

—Pero ¿no lo ha conseguido?

—No me gustan las trampas.

Leonora se separó de él y procedió a desvestirse, lentamente, hasta quedar completamente desnuda. Wayne Norton parecía de piedra, pero él sentía el fuerte latir de su corazón, de toda su sangre. Leonora apagó el quinqué, se acercó a él y le pasó una mano por los labios, como queriendo retirar de allí el beso de Sheila.

Se colgó de nuevo al cuello de Wayne, y de pronto rió dulcemente.

—Será la primera vez que nos amemos: en una cama, Wayne, ¿te das cuenta? Pero no habrá diferencia algún, porque sólo tú y yo importamos...

Le besó por fin en la boca. Durante unos segundos, Wayne Norton permaneció tan rígido como cuando le había besado Sheila Carter. Luego, despacio, sus manos se posaron en la cintura de Leonora y atrajeron aquel cuerpo tibio y tierno, que comenzó a vibrar. Los labios de Wayne comenzaron a devolver el beso...

Aquella sí.  
Aquella sí era su mujer.

\* \* \*

Hacia las diez y media de la mañana, Wayne Norton salió de la oficina de la Western Union Telegraph, en la cual acababa de poner un telegrama. Frente a la oficina de telégrafos estaba ya ensillado su caballo. Wayne montó y se dirigió hacia la salida del pueblo por el extremo Sur. Desde la herrería, Benny le saludó martillo en alto, y Wayne correspondió con una mano.

Pero no era solamente Benny quién se fijaba aquella mañana en el expresidiario. Tras la ventana de su habitación en el hotel, a la que había regresado al amanecer, Leonora Blake también estaba viendo a Wayne, presa de atormentadoras emociones. Estaba engañando, mintiendo, al hombre que amaba. Lo amaba de verdad, y esto tenía torturada a la muchacha. Todos sus proyectos cuando se marchó de casa de tía Liz se estaban desquiciando, trastornando, debido a este amor.

Mas ya no podía echarse atrás, porque sus predicciones sobre lo que haría Wayne Norton al salir del presidio se estaban cumpliendo. Él le había entregado un sobre con mucho dinero, y le había dicho, simplemente, que se lo guardara hasta su regreso... ¿Qué más cabía esperar ya? Simplemente, Wayne estaba recogiendo el fruto del robo de cuatro años atrás, casi cinco ya...

«¿Qué voy a hacer? —pensó angustiada Leonora—. Le amo de verdad... ¡Oh, Dios mío, no sé qué voy a hacer...!».

Ya no veía a Wayne, pero de pronto se dio cuenta de que estaba mirando a la elegante y hermosa mujer de rojos cabellos que cruzaba la calle. Wayne le había hablado de ella sólo por encima, pero supo que era Sheila Carter. En realidad, Wayne no le había dado explicaciones concretas de nada, le había dicho que estaba haciendo algo que sólo él podía hacer, y que había estado pensando en ello durante cuatro años. Algo en lo que intervenían los Carter de Canyon. De modo que era fácil comprender que Dewey Carter fue uno de los hombres que robó el dinero y disparó contra su hermano Michael...

Leonora vio a Sheila Carter entrar en la oficina de Telégrafos, y salir cuatro o cinco minutos más tarde para cruzar de nuevo la calle. Cuando la perdió de vista bajo los porches, Leonora se dirigió rápidamente hacia la puerta de su habitación.

Cerrada la puerta del pequeño despacho en el interior del almacén, Dewey Carter contemplaba el impreso de telegrama que su esposa le había entregado. Por fin, alzó la mirada hacia Sheila, que permanecía de pie al otro lado de la mesa.

—No ha debido resultarte fácil copiarlo —murmuró.

—Norton acababa de salir prácticamente cuando yo entré. El telegrama estaba allí mismo, junto, a la ventanilla, porque Jeffrey estaba cursando otros dos anteriores. Así que tomé un impreso, lo rellené copiando lo que había escrito Norton, y cuando Jeffrey me preguntó qué quería le dije que me lo había pensado mejor y que ya volvería. De todos modos, sabes muy bien que me las habría arreglado para saber a quién enviaba un telegrama Norton y qué le decía. ¡A Jeffrey se le cae la baba cuando me ve! —se echó a reír.

Dewey no reía: Su mirada volvió al texto del telegrama:

HA LLEGADO EL MOMENTO PUNTO AVISA A LOS DEMÁS Y REUNIROS CONMIGO CUANTO ANTES EN SALT FORD RED RIVER AL NORTE CLARENDON PUNTO ESTARE ESPERANDO PUNTO NO ME FALTÉIS AHORA PUNTO SALUDOS WAYNE.

—¿Te das cuenta de lo que significa este telegrama?

—No muy bien.

—Va dirigido a este sujeto llamado Teddy Garfield, en Brady. Brady está bastante al Sur, lejos de aquí. Y Norton le pide a Brady que avise a los demás. ¿No lo comprendes? No es cierto que sus amigos le hayan acompañado hasta aquí. Está solo. Pero ahora que me ha encontrado a mí y que sabe dónde están Farber, Edge y Murdock, llama a sus amigos y los cita cerca de Clarendon... En Clarendon es donde está Farber. ¿Comprendes ahora?

—Bueno, se diría que cuando sus amigos se reúnan con él en ese río al norte de Clarendon irán a por Farber, ¿no?

—Exactamente. Pero ahora Norton está solo. Nos ha engañado haciéndonos creer que le acompañaban diez hombres. Y no es así, esos diez hombres seguramente están dispersos por Texas, así que ese tal Teddy Garfield, de Brady, tendrá que poner varios telegramas, esperar a los demás y luego acudir todos al norte de Clarendon para encontrarse con Norton. Brady está lejos, y luego tendrán que cabalgar hasta Clarendon... Eso son varias jornadas a caballo. Y mientras tanto, Wayne Norton cabalga en solitario hacia Salt Ford Red River, para esperar allá a esos amigos suyos. Y ese sitio, ese lugar de la cita, está bastante cerca de Wichita, donde está Edge, y de Guthrie,

donde según mis últimas noticias estaba Murdock. En cuanto a Farber, no puede estar más cerca del lugar de esa cita.

—¿Y todo eso qué quiere decir?

—Quiere decir que si yo aviso a Farber, Murdock y Edge de que Norton va a por ellos, y que va a estar solo no menos de un par de días en Salt Ford River al norte de Clarendon, esperando a sus amigos, pues... quizá cuando lleguen sus amigos Norton ya no esté en condiciones de decirles nada.

—O sea, que si avisas a Farber, Edge y Murdock, los tres pueden tender una emboscada a Norton.

—Exactamente. Pero tengo que pensar muy bien el texto del telegrama, que les voy a enviar a cada uno. Tengo que convencerles de que yo no puedo ir; pero que es necesario que ellos eliminen a Norton.

—No puedes enviar un telegrama así, Dewey.

—Ya te digo que pensaré bien el texto. Y además, no lo voy a enviar desde aquí, sino que iré hoy también a Amarillo. Allí nadie me conoce. Y ellos sabrán interpretar mi telegrama en cuanto lean que Wayne Norton les está buscando y que se dirige a Clarendon en primer lugar... ¡Ya lo creo que entenderán mi telegrama! Y en cuanto lo entiendan, se reunirán los tres, irán allá y... ¡Bueno! Sólo espero que luego me devuelvan mis diecisiete mil dólares. ¡Maldito Norton! ¡Si llego a saber que estaba solo...! Bien, voy a salir ahora mismo hacia Amarillo... Vuelve a casa, querida.

—Sí... Dewey, ¿te das cuenta de lo disparatado que es todo esto?

—¿El qué?

—Ese hombre ha venido aquí a pedir su parte de un robo que no cometió, cosa que tanto tú como él sabéis perfectamente. Y tú le has pagado una parte...

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Acaso no es mejor seguirle la corriente que irritarle y que empiece a decir en todo el pueblo la clase de tipo que era yo hasta antes de venir a establecerme aquí? Eso aparte de que entre él y sus amigos me habrían matado... ¡Si llego a saber que estaba solo!

—Te repites con frecuencia... —sonrió Sheila—. Pero dime, ¿qué habrías hecho?

—Le habría matado.

—¿Tú solo?

—¿Crees que no puedo hacerlo?

—Bueno, según parece no vas a tener ocasión de demostrarlo, ya que Wayne Norton está ahora cabalgando hacia el lugar donde va a morir...

## CAPÍTULO VII

Wayne Norton recorrió la distancia que separaba Canyon de Clarendon en dos jornadas. Eran sólo sesenta millas, pero no tenía prisa, y además debía dar tiempo para que cada cual hiciera lo que tenía que hacer.

Así pues, llegó a media tarde del segundo día al pequeño poblado abandonado y podrido al norte de Clarendon, justamente muy cerca de la orilla derecha del Salt Ford Red River. Había pensado acampar simplemente cerca del río estableciendo bien su posición para que fuese vista fácilmente, pero el poblado le pareció mucho mejor.

Apenas había una docena de casas, la mitad a cada lado de una corta calle en la que todo era barro seco. Las aceras de tablas de las casas estaban embarradas y podridas, y Wayne comprendió lo que había sucedido en aquel poblado: debió empezarse a construir en verano, alegremente, a la orilla del río, y cuando llegaron las riadas del invierno todo quedó inundado. Demasiado tarde, los habitantes del poblado comprendieron su error y lo subsanaron del mejor modo posible, esto es, marchándose resignados y buscando una ubicación mejor para sus viviendas.

Por supuesto, ya se había construido el saloon, y el letrero estaba allí, borroso, sucio. Wayne descabalgó ante el porche, entró y sólo vio polvo y telarañas.

Tendría que buscar otro sitio.

Encontró un relativo acomodo en una de las casas. Para entonces ya era de noche, y decidió encender fuego en la chimenea, pues le pareció muy llamativo. Siempre es fácilmente localizable una chimenea humeante.

Aquella noche, Wayne durmió dentro de la casa, envuelto en una manta, oyendo el lúgubre gemir del viento en las destrozadas ventanas, compartiendo el lugar con su caballo.

Al amanecer, comenzaría el tercer día.

Y seguramente, habría llegado el momento.

\* \* \*

\* \* \*

En el frío amanecer, uno de los tres jinetes señaló hacia el humo que se recortaba nítidamente en el azul del cielo.

—Seguramente, está allá —dijo.

—Parece que es un pueblo, ¿no? —gruñó otro.

—Abandonado. Nadie va nunca por ahí, pero es un buen lugar para esperar a alguien.

Los jinetes eran Cassius Farber, John Murdock y Peter Edge. Se habían reunido la noche anterior en Clarendon, donde residía el primero, tras recibir cada uno de ellos un telegrama un tanto enigmático pero que finalmente tuvieron que comprender y que les había sido enviado por Dewey Carter desde Amarillo.

En poco más de una hora, saliendo de la casa de Farber todavía de noche, habían recorrido la distancia hasta el río, y ahora, tras la breve conversación, contemplaban en silencio el humo.

Por fin, Edge deslizó:

—Si está esperando ayuda creo que no debemos perder el tiempo.

—Yo ni siquiera recuerdo cómo era el hombre contra el que disparamos aquella noche hace más de cuatro años —refunfuñó el fornido Murdock.

—No importa —dijo Farber—. Si hay alguien ahí, sólo puede ser él. Y si hemos interpretado bien el telegrama de Dewey todo lo que tenemos que hacer es matarle.

—Y después iremos a ver a Dewey, para que nos explique bien qué está pasando... y por qué él no ha venido.

—Es el más rico de todos nosotros, ahora —gruñó Murdock—. Y el más listo. En cuanto a mí, hace tiempo que estoy pensando en volver a las andadas. Es una estupidez haberlo dejado.

—Ya hablaremos de eso. Ahora tenemos ahí a un hombre al que hay que matar, y vamos a por ello —dijo Farber—. Pero con cautela. Si está esperando a varios amigos se hallará atento a la llegada de cualquier jinete, así que nos vería llegar a caballo... y si no nos identificase como amigos suyos se complicarían las cosas. De modo que dejaremos los caballos aquí y llegaremos allá a pie.

—Maldita sea —masculló Murdock.

—Bueno, sin gruñidos. A mí tampoco me gusta caminar, pero no hay más que media milla escasa. Busquemos un sitio donde dejar los caballos.

Diez minutos más tarde, a pie, los tres hombres se dirigían hacia el podrido poblado. Cada uno de ellos llevaba un rifle y un revólver.

Y sabían usarlos muy bien.

Pero...

\* \* \*

Desde el tejado de la casa donde se había instalado, Wayne Norton, tendido boca abajo y mirando hacia el Sur, vio las tres, figuras que se acercaban por entre pinos y rocas, y el relucir de sus armas, de cuando, en cuando bajo la luz del sol. Una seca sonrisa se formó en los labios de Wayne.

—De modo que Carter picó el anzuelo... —dijo, como si alguien pudiera contestar a su comentario—. Y éstos deben ser Murdock, Edge y Farber. Magnífico.

La trampa tanto tiempo y tan bien pensada había funcionado. No existía en Brady ningún amigo de Wayne llamado Teddy Garfield, ni nadie acudiría nunca en ayuda del expresidiario. El telegrama había sido una trampa para que Dewey Carter comprendiera que él estaría solo esperando, y que podrían matarlo antes de que le llegase ayuda. Y, tal como Wayne había calculado, los asesinos de cuatro años atrás se habían reunido..., lo que simplificaba mucho las cosas. Para él, claro.

—Son asesinos, pero no muy listos —habló de nuevo en voz alta Wayne.

Casi le remordía la conciencia por el modo en que, con fría calma, había preparado tan meticulosamente su venganza. Pero, recordando una vez más que se las estaba viendo con asesinos, procedió a la primera parte de ella.

Esperó serenamente a que los tres hombres, que parecían conejos avanzando a saltos en busca de escondrijos para no ser vistos, estuvieran a menos de un cuarto de milla. Entonces, alzó su rifle, cuyo cañón estaba manchado con barro para que no brillase al sol y apuntó cuidadosamente al centro del pecho del más corpulento de los tres hombres.

No tuvo misericordia alguna.

El estampido del rifle fue como un seco trallazo en la quietud de la mañana. Trescientos metros más allá, John Murdock recibió el plomo en el centro del pecho, lanzó un alarido y saltó hacia atrás lanzando su rifle hacia arriba y cayendo de espaldas...

Wayne no sabía a cuál de ellos había matado, pero sí sabía que ya sólo tenía dos enemigos ante él. Implacablemente, continuó con su plan. Pasó al

otro lado del tejado, se deslizó, saltó a la parte de atrás de la casa y montó en su caballo, ya preparado allí mismo.

Comenzó a cabalgar hacia el Norte, pero pronto inició el amplio círculo que le llevaba hacia el Sur pasando lo suficientemente lejos de los otros dos hombres para que éstos, aun viéndole, no le tuvieran a tiro de rifle.

\* \* \*

Y así fue.

Edge y Farber, que habían agarrado a Murdock por los pies y arrastrado hasta detrás de unas rocas, oyeron el galope del caballo cuando terminaban de convencerse de que el certero disparo había perforado el corazón de John Murdock, cuyos ojos, muy abiertos, expresaban dolor y sorpresa.

Peter Edge lanzó una maldición, se irguió, vio al jinete, le apuntó y disparó. No sucedió nada, y se dispuso a disparar de nuevo. Farber se lo impidió.

—Cálmate. Está fuera de nuestro alcance..., y él lo sabe. Ahora va a por nuestros caballos.

—La madre que lo parió... —jadeó Edge.

—Vayamos nosotros hacia el poblado. Al menos allí estaremos mejor protegidos.

—¡Esto ha de ser cosa de Dewey...!

—No digas tonterías. Y démonos prisa. Tampoco él puede alcanzarnos con su rifle ahora.

Echaron a correr torpemente por el desigual terreno hacia el poblado, porque, efectivamente, era el lugar más seguro que podían escoger. Llegaron jadeantes, se metieron en una de las casas y se dejaron caer al suelo. Afuera todo era silencio. Silencio absoluto.

Sólo cuando, poco a poco, hubieron recobrado el aliento, Peter Edge recobró también la sensatez... Y entonces palideció intensamente y lanzó una exclamación.

—¿Qué te pasa? —lo miró Farber.

—¡Hemos hecho lo que él quería! —chilló Edge—. ¡Nos hemos metido solos en la ratonera!

—Pues que venga a sacarnos.

—No lo hará mientras esté solo... ¿Es que no lo comprendes? ¡Nos ha encerrado aquí mientras espera a sus amigos! ¡Y nos achicharrarán en cuanto lleguen!



Cassius Farber también palideció. Durante unos segundos se quedaron mirándose, furiosos y asustados. Si llegaban los amigos de su enemigo podrían quemar las casas después de rodear el poblado y cazarlos tranquilamente cuando salieran huyendo del fuego.

—Todavía tenemos una posibilidad —dijo de pronto Farber—. Si no llegan antes de la noche, podremos escapar entonces. Él solo no puede vigilarlo todo. Incluso podríamos sorprenderle y recuperar los caballos.

—No vendrá aquí —rechazó Edge—. ¡No vendrá, es demasiado listo, lo sé!

—No estamos seguros de eso. Estemos atentos.

\* \* \*

Al anochecer, la tensión de los dos hombres era terrible. No habían comido ni bebido en todo el día. Y no habían visto ni oído nada, absolutamente nada. Pero esto no tenía importancia, el hambre o la sed, muy relativas por otra parte, en comparación a su situación. Sabían que el tiempo iba en contra de ellos o, al menos, así lo creían.

Pero el silencio era tal, la quietud tan completa, que, Edge llegó a decir:

—Quizá se haya marchado...

—No —rechazó Farber—, está ahí fuera.

—Entonces, tenemos que salir a buscarle.

—Esto es lo que él quiere. Pero no saldremos.

—¡No vamos a pasarnos la noche aquí y así!

—Él hará algo para hacernos salir, buscará algún truco. O eso, o esperará a la mañana, a sus amigos. Calla, mira y escucha... A veces, los listos se pasan de listos.

—¡Maldito sea!

—Tranquilízate, eso es todo.

Aparecieron las estrellas, y poco después un delgado arco lunar, amarillento. Un ligero vientecillo comenzó a llegar desde Cap Rock, a considerable distancia. Una hora más tarde, el airecillo era frío. Otra hora después cortante. Y otra hora más tarde todavía era terrible.

Dentro de la casa, los dos asesinos se encogían. Tenían las manos ateridas. El frío había penetrado ya bajo sus ropas, comenzaban a sentir la carne insensible. Edge no paraba de maldecir a Wayne, hasta que Farber se irritó.

—¿Quieres callar de una maldita vez? Si nosotros tenemos frío, él debe tener mucho más, ahí fuera, con ese viento helado. Me parece —sonrió

duramente— que no pensó en eso. Al menos pasaremos la noche mejor que él.

—Quizá venga aquí, a refugiarse en alguna casa.

—Tendría que estar loco. Ahora nosotros tenemos ventaja.

Quedaron silenciosos. Y de pronto, oyeron las pisadas de un caballo. Los dos irguieron vivamente la cabeza y se miraron al resplandor de las estrellas. Edge fue a decir algo, pero Farber se llevó un dedo a los labios.

Afuera volvieron a oír el paso de un caballo. Edge se ladeó un poco, miró por la destrozada ventana y vio al jinete inmóvil sobre la silla. La luz de la luna, ahora lívida, llegaba por detrás, recortando perfectamente al hombre y al caballo. Peter Edge se movió rápidamente, apuntando el rifle hacia allá, conteniendo un jadeo de triunfo. Farber le impidió disparar.

—No... —susurró junto a su oído—. No es él.

—¿Cómo que no es él? —jadeó Edge.

—No. Fíjate, es una manta que parece envolver a un hombre con sombrero... Pero fíjate bien: no se mueve, no hace nada. Es el caballo el que está buscando cobijo, indeciso. Ha hecho un muñeco con ramas, una manta y su sombrero... Está esperando que disparemos, que derribemos el muñeco y saldrá entonces de su escondrijo.

Peter Edge sintió el lento escalofrío interior que recorrió todo su cuerpo. El caballo se había detenido. La silueta del jinete permanecía inmóvil absolutamente.

—No vamos a disparar —susurró de nuevo Farber—. Vamos a salir de aquí en silencio, nos acercaremos a ese caballo y nos iremos en él. Cuando vaya a darse cuenta ya estaremos fuera de esta ratonera... No hagas ruido.

Farber se irguió y se dirigió hacia la puerta de la casa, seguido por Edge. La abrieron lenta, cuidadosamente. Vieron de nuevo al jinete, oyeron el viento. Eso fue todo.

—Ahora... —musitó Farber—. ¡Sin ruido!

Salieron de la casa, saltaron del porche a la calle y corrieron hacia el caballo, encogidos.

Estaban a menos de diez metros cuando el propio Farber fue el primero en darse cuenta del tremendo error que había cometido en sus cálculos. La manta que cubría el supuesto muñeco se movió, la cabeza se irguió. Un polvo de estrellas pareció bañar el cañón de un revólver. Farber empezó a gritar:

—¡Edge, él está...!

El fogonazo iluminó el rostro de Wayne Norton, jinete sobre su caballo. La bala acertó a Cassius Farber en el centro de la frente y perforó la cabeza,

arrancándole el sombrero y un montón de cabellos, sangre y huesos... Peter Edge lanzó un tremolante grito de rabia y miedo, alzó el cañón del rifle..., y el rostro de Wayne Norton volvió a iluminarse al efectuar el segundo disparo. La bala se hundió ajusto sobre el corazón de Edge, que dio un traspiés hacia atrás, dejó caer el rifle, osciló hacia delante y cayó de bruces, tieso como un poste.

El frío era terrible.

## CAPÍTULO VIII

Finalmente, desde la suave cresta del montículo, Dewey Carter divisó el poblado abandonado. Había realizado el viaje con más prisas que cuatro días antes lo hiciera Wayne Norton, así que era media mañana, soleada y cálida, cuando detuvo su caballo y se quedó mirando el poblado.

De la chimenea de una de las casas salía humo. Frente a esa misma casa, había cuatro caballos amarrados al atamulas. Dewey Carter sonrió. En un bolsillo tenía el telegrama que había recibido la mañana anterior, y cuyo texto se sabía de memoria:

«ASUNTO SOLUCIONADO TE ESPERAMOS MISMO SITIO POBLADO ABANDONADO PARA HABLAR DE NEGOCIOS.

»CASSIUS».

De negocios, ¿eh? Bueno, tampoco se habían portado mal del todo. Simplemente, podían haberse quedado con los diecisiete mil dólares que Sheila le había entregado a Norton y que sin duda éste llevaba encima para pagar a sus amigos las molestias. En cambio, le citaban allí... para hablar de negocios. ¿Qué negocios? Sabía que a sus tres compinches las cosas no les iban tan bien como a él y esto le ponía de mal humor, por una razón muy simple: si con diecisiete mil dólares en sus manos le citaban era porque quizá querían pedirle más.

Y de eso, nada. Se había resignado a perder aquellos diecisiete mil dólares, porque sabía que ellos no querrían devolvérselos, y le había parecido mejor eso que recibirlos en Canyon, donde todo le iba demasiado bien para echarlo a rodar.

Sí, era mejor tener una entrevista con ellos y dejar las cosas definitivamente claras y saldadas. Que se quedasen con los diecisiete mil dólares, y asunto olvidado. Claro que si tuviera la oportunidad de matarlos a los tres...

No era fácil, pues los conocía bien y aunque él era el mejor tirador de los cuatro, ellos eran tres..., y no mancos precisamente. Bien, ya vería.

Lanzó el caballo montículo abajo, y poco después enfilaba la embarrada calle que se había convertido en un lecho de grietas.

—¡Hey! —llamó—. ¡Cassius! ¡Peter!

—Están muertos, Carter —sonó la voz de Wayne Norton.

Dewey Carter quedó paralizado unos segundos. Luego, lentamente, alzó la mirada hacia uno de los tejados y vio allá a Norton, apuntándole con un rifle. El escalofrío se deslizó lentamente desde la nuca a los talones de Dewey Carter, y ésa fue toda su reacción. Por lo demás, permaneció absolutamente inmóvil.

—Y usted también va a morir —dijo sosegadamente Wayne Norton—. Luego, iré al primer cuartel de los rurales que encuentre, y les diré que me he vengado de ustedes cuatro, quiénes eran y dónde han estado viviendo, para que la ley se incaute de todos sus bienes y los sesenta mil dólares robados hace cuatro años sean devueltos. Dirán que me he vuelto honrado, comprenderán que me haya vengado de los amigos que me traicionaron, se apuntarán otro éxito y yo cobraré el diez por ciento de la recompensa que quedó ofrecida por la recuperación del dinero. Y con esos seis mil dólares, y mi venganza cumplida, empezaré de nuevo. ¿Lo ha entendido?

—No... —negó Carter, con voz ronca—. Usted no tomó parte en el robo, así que no le entiendo en absoluto, Norton. De todos modos, si lo que quiere es dinero, puedo ofrecerle mucho más de seis mil dólares.

—No me interesa su...

Los dos oyeron a la vez el galope de un caballo. Y esto cambió bruscamente la situación. Mientras Wayne cometía el error de mirar hacia donde sonaba el galope, esto es, en el mismo lugar por donde había aparecido poco antes Carter, éste sacó el revólver y disparó, velozmente, contra aquél.

La bala habría acertado en pleno rostro de Wayne si éste, comprendiendo a tiempo su error, no hubiera iniciado el salto hacia atrás, hacia la parte del tejado que quedaba fuera de la línea de tiro de Carter. Mas su fortuna fue relativa, pues aunque la bala no le acertó en el rostro, sí le acertó en el hombro izquierdo, lo hizo girar y caer de bruces en el tejado, mientras el rifle, describiendo un arco, cayó sobre el tejadillo del porche y rebotó allí hasta el suelo, cerca de Carter, que disparó dos veces más, mientras Wayne, con la vista nublada, permanecía boca abajo en el tejado.

Se estremeció cuando le llegó la voz de Leonora, llamándole:

—¡Wayne...! ¡WAYNE!

La muchacha cabalgaba hacia el poblado y Carter, ya fuera de éste y del alcance del revólver de Norton, detuvo su caballo, enfundó el revólver y sacó el rifle de la funda, con el que apuntó a Leonora Blake, que detuvo en seco su caballo entonces. A la luz del sol destacó inmediatamente su palidez.

—Usted —graznó Carter—, ¡venga aquí! ¡Vamos, venga, o le meto una bala en el pecho!

Leonora miró hacia el poblado, y vio la silueta de Wayne pasando al otro lado del tejado, inclinado. Desapareció de su vista enseguida...

—¿No me ha oído? ¡Venga aquí, no sea estúpida!

Acudieron uno al encuentro de otro, relampagueantes de furia los ojos de Dewey Carter, que se fijaron en el rifle que llevaba la muchacha en la silla de montar. Se acercó más, y se apoderó de él.

—Vaya hacia esas rocas y desmonte —mover la cabeza Carter, indicándole el camino—. ¡Y no quiera correr más que una bala!

Segundos después, Leonora descabalgaba y Carter lo hacía casi al mismo tiempo. Con el rifle indicó a Leonora que se apartara, trabó las bridas de los dos caballos a una rama baja, miró hacia el poblado con expresión de odio y luego dedicó su atención a la muchacha, que vestía de nuevo sus ropas masculinas. Un súbito destello de reconocimiento pasó por los ojos de Dewey Carter.

—Yo la he visto a usted en Canyon —dijo—. Es la chica que está alojada en el hotel, esperando a unos amigos. Pero me parece que eso no es cierto... ¿Qué hacía usted en Canyon? Y otra cosa: me ha seguido desde allí, ¿eh? ¿Por qué?

Leonora no contestó. La expresión de Carter fue adquiriendo el brillo de la astucia.

—Usted tiene algo que ver con Norton, ¿no es cierto? Sí, tiene que ser así y ha venido detrás mío para advertirle, o ayudarle... ¿Es cierto? ¡Conteste!

—Sí... Es cierto.

Dewey Carter comenzó a sonreír, lentamente, comprendiendo la inesperada realidad que haría facilísimo su triunfo definitivo.

—¿Se aman ustedes? —sonrió—. Bueno, no conteste si no quiere, sólo tengo que verle la cara para comprenderlo... ¡Al menos, comprendo algo de este maldito asunto! ¿Qué es, en definitiva, lo que quiere ese idiota?

—¿No lo comprende usted? —murmuró Leonora—. Quiere su parte del botín de hace cuatro años y pico.

—¡Pero qué parte ni qué nada! —gritó Carter, enfurecido—. ¡No tengo por qué darle parte alguna a Norton, ya que él no formaba parte de nuestro

grupo!

—¿Qué? —jadeó Leonora.

—Malditos sean todos... ¡Ya estoy harto de esto! Vamos a ir a charlar con Norton, para que me lo aclare de una vez... ¡No quiero matarle sin que me resuelva este rompecabezas! Venga, la llevaré por delante de mí. Y espero que él comprenda cómo están las cosas ahora.

Dewey Carter se colocó detrás de Leonora y con la mano izquierda la sujetó por el cinturón, apoyando en su nuca el revólver que sostenía con la mano derecha. La empujó y Leonora comenzó a caminar hacia el poblado, como en sueños. ¿Había entendido bien? ¿Wayne no había tomado parte en el robo? ¡Oh, Dios, no entendía esto, no lo entendía...!

Reaccionó al notar el tirón en su cintura. Estaban en la punta de la calle y Carter se había detenido, siempre protegido tras ella.

—¡Norton! ¡Sé que ya nos ha visto y que sabe lo que estoy pensando, pero se lo diré! ¡Salga de ahí, desarmado y con las manos en alto, o le vuelo la cabeza a su amiga! ¿Me ha oído? ¡Dispone solamente de cinco segundos para...!

—No se moleste —llegó la voz de Wayne, desde la puerta de una casa—, ya le he entendido bien, Carter.

Salió al porche y dejó caer el revólver, mientras caminaba haciendo, crujir las podridas tablas. Bajó a la calzada. Estaba lívido, y su hombro izquierdo era un puro manchurrón de sangre. El brazo colgaba inerte.

—Está bien —murmuró Wayne—, usted ha ganado, Carter, pero me he llevado a tres por delante.

—¡No se preocupe por eso! —rió Carter—. ¡En realidad, me ha hecho un favor, Norton!

—En ese caso, quizá podría hacerme usted otro a mí, en compensación: deje marchar a Leonora. Ella no tiene nada que ver con esto. Máteme a mí y en paz.

Wayne sabía que era una vana esperanza, pero tenía que intentarlo todo. Su mirada estaba fija en el demudado rostro de Leonora a medida que ésta avanzaba, empujada por Carter, siempre protegido por su cuerpo.

—Por supuesto que le voy a matar —gruñó Carter—, pero no antes de que me diga qué significa todo esto. Los dos sabemos perfectamente que usted no tomó parte en el robo, así que... ¿quiere decirme de una maldita vez qué clase de loco es usted?

—Usted no lo entendería, Carter.

—Inténtelo.

—Está bien. Lo hice todo por Michael Blake.

—¿Por el *sheriff* que nos lo preparó todo y que fue quien dirigió el robo y todo lo demás?

Leonora Blake lanzó una exclamación, y su ya pálido rostro se demudó, se desencajó. Quiso decir algo, pero sólo consiguió un tartamudeo ininteligible. Wayne la miró un instante desconcertado, pero contestó a Carter siguiendo la conversación:

—Sí, por ese *sheriff*.

—Por todos los demonios... ¿Por qué?

—Aquel hombre me había ayudado poco tiempo atrás... Yo iba por mala senda y él pudo meterme en la cárcel, pero prefirió ayudarme. Por eso, en cuanto decidí vivir una vida honrada y tranquila, fui al pueblo donde sabía que él ejercía de *sheriff* y me compré un ranchito... Sabía que estando él cerca nadie me molestaría, y que poco a poco me ganaría un puesto respetable allí. Y entonces, fue cuando sucedió todo.

—Esto tiene gracia... De modo que Blake le ayudó a usted a salirse del mal camino —lanzó una risotada Carter—, y él, en cambio, se puso en tratos con nosotros para robar sesenta mil dólares en su propio pueblo. ¡Tiene mucha gracia! Como también me hizo mucha gracia que Blake creyera que después del golpe le íbamos a dar a él nada menos que veinte mil dólares, o sea, el doble que los demás.

—Y por eso le mataron, en lugar de darle su parte.

—¡Claro! Y entonces, apareció usted y tuvimos que dispararle también. Eso ya es viejo, Norton. Pero usted lo explicó de otra manera. ¿Por qué?

—Porque Michael Blake me lo pidió. Me dijo que había...

—¿Quiere decir que no murió enseguida?

—No, no murió enseguida. Antes, tendidos en el camino, los dos pudimos conversar un poco. Él me pidió que si salía con bien de mis heridas los buscara a ustedes y los matara, si era necesario, porque no quería que nadie supiera nunca lo que él había hecho. No por él, sino por su familia, que vivía lejos, y a la que tenía que enviar todo el dinero que pudiese. Por eso robó, y por...

—Oh, Dios mío... —sollozó Leonora Blake—. ¡Dios mío!

—¡Cállese! —la zarandéó Carter—. Termine, Norton.

—Michael Blake tenía que enviar dinero a su familia, no sé exactamente adónde ni quién era esta familia, y por eso robó en aquella ocasión, pues lo necesitaba. Me dijo... que yo le debía algo y que tenía que pagárselo si podía. Me dio sus nombres y me dijo, me pidió una y otra vez, que no permitiera que



ustedes dijeran que él había tomado parte en aquello. Luego, perdí el conocimiento y en los días siguientes, cuando comprendí que me acusaban a mí, con toda lógica, en lugar de acusarle a él, de haber sido el quinto jinete de aquella noche, decidí aceptarlo. En primer lugar, porque le debía algo a Blake, en efecto. Y en segundo lugar, porque sabía que nadie me habría creído si yo hubiera dicho la verdad. Me habrían acusado de querer aprovechar que Blake estaba muerto para culparle y salir del apuro... Así que decidí pagar la deuda que tenía con él, y luego, cuando saliese de la prisión, cobrarme la que ustedes habían contraído con él y conmigo.

—Pero siempre haciendo las cosas de modo que nunca se supiera que Blake fue el que dirigió el robo y nos ayudó a entrar a robar el dinero...

—Sí. Por eso, nunca les delaté a ustedes; quería encontrarles yo, para vengarme..., y para cerrarles la boca para siempre, para que nunca pudieran manchar el nombre de Michael Blake, tal como él me lo pidió, para no causar disgustos y vergüenza a su familia. Y eso es todo, Carter.

—¡Esto es todo! Usted está loco... ¿Cómo ha podido pasar cuatro años entre rejas por otra persona? ¡Yo estuve en un penal dos años y había momentos en que hubiese preferido morir...! ¡Y usted se ha pasado allí cuatro años por otro hombre!

—Yo siempre pago mis deudas, Carter. Todo lo que siento ahora es que en este final la fría calma de mi venganza no habrá servido de nada... definitivo. Quedará usted vivo.

—Y eso le preocupa porque si alguna vez hago algo por lo que puedan detenerme usted teme que al final diga la verdad sobre Michael Blake, ¿no es eso?

—Sí. Por eso, quisiera poder matarle... y todo habría terminado bien, tras estos años de espera.

Dewey Carter estuvo unos segundos en silencio, mirando por un lado de la cabeza de Leonora al increíble personaje que tenía a su merced.

—Está usted loco —murmuró por fin—. Nunca conocí a nadie que tuviera su carácter... ¡Está loco, Norton!

—Ya le dije que usted no lo entendería —replicó fríamente Wayne—. Pero escuche, Carter, nuestro trato sobre Leonora...

—No hay trato —dijo Carter—. ¡No hay ningún trato entre nosotros, Norton!

Dewey Carter estiró el brazo derecho por encima del hombro de este mismo lado de la muchacha, y su dedo comenzó a presionar el gatillo..., en el

momento en que Leonora Blake, lanzando un grito, se aferraba a aquel brazo con ambas manos y empujaba fuertemente.

Sonó el estampido del disparo, pero la bala fue hacia la pared de una de las casas, donde se hundió con blando chasquido. Dewey Carter lanzó una maldición, e intentó volver su arma contra Leonora, pero ésta seguía aferrada con todas sus fuerzas a su brazo, que ahora apretaba contra su pecho, con el revólver casi tocando su barbilla, el cañón apuntando por encima del hombro. Carter disparó de nuevo, y la bala se perdió hacia el cielo pasando cerca de la oreja izquierda de Leonora.

Por fin, Carter soltó el cinturón de la muchacha, la agarró por el cabello, y, al mismo tiempo que tiraba de ella hacia atrás, le aplicaba un tremendo rodillazo en el bajo vientre. Los ojos de Leonora parecieron a punto de saltar de las órbitas mientras la muchacha se desplomaba hacia atrás y Carter, espumeando su boca por la rabia, la apuntaba con el revólver.

—¡Ahora verás, perra mald...!

—¡Carter!

Éste respingó, sobresaltadísimo, al comprender que él también acababa de cometer un error. Un error increíble, tremendo: olvidar que Wayne Norton estaba allí.

Cuando le vio, volviéndose rápidamente, Wayne estaba en el suelo, y empuñaba su propio rifle, caído poco antes desde el tejado.

Sonó el disparo.

Dewey Carter recibió el balazo bajo la barbilla, que reventó espectacularmente. La bala salió por la cabeza, entre la nuca y la coronilla, reventándola también, mientras el cadáver de Dewey Carter daba una vuelta en el aire y caía de cara al cielo sobre el reseco barro agrietado.

Y entonces, en el silencio de la mañana, sólo se oyeron los sollozos entrecortados de Leonora Blake, tendida en el suelo.

Lentamente, Wayne Norton se puso en pie. Ni siquiera miró a Carter. Se acercó a Leonora, y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —musitó.

—Me duele... horriblemente aquí abajo..., pero pasará... Wayne, tengo que decirte...

—No tenemos tiempo. Debemos regresar a Canyon, donde quiero que todo termine como estuve planeando tanto tiempo. Además, por si Sheila Carter sabe la verdad, la advertiré de que mi venganza se extenderá a ella si alguna vez la menciona a alguien. Creo que preferirá ser la viuda de un asesino finalmente descubierto, que seguir a ese asesino a la tumba.

—¿La... matarías también?

—Ella lo creerá... Y callará. En cuanto a ti, Leonora, quiero que olvides todo lo que has oído hoy aquí entre Carter y yo.

—Oh, Dios mío... No podré olvidarlo nunca, Wayne, Salí de casa dispuesta a vengarme de ti y de los otros cuatro... ¡No podré olvidarlo nunca, nunca, nunca!

—Pero... ¿de qué estás hablando? —jadeó Norton.

—Wayne, yo —yo me llamo... Leonora BLAKE.

## ESTE ES EL FINAL

Tía Liz estaba sencillamente aterrada. Leonora se lo había explicado todo, le había dicho la verdad, y la pobre mujer no sabía cómo reaccionar. Mientras había durado la explicación, había estado como petrificada.

Ahora, por fin, se atrevió a mirar al hombre que había llegado con su querida Leonora. Aquél, hombre impresionante, de rasgos ya curtidos, duros, y que elevaba el brazo izquierdo colgado de un pañuelo anudado al cuello.

—Dios bendito... —gimió por fin la atribulada mujer—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Nada, tía Liz —murmuró Leonora.

—¿Cómo, nada? ¡La verdad es la verdad, querida, y si tu hermano, por el orgullo de no aceptar mi ayuda...!

—La verdad, a veces, sólo interesa a unas pocas personas, señora —deslizó quedamente Wayne Norton—. Yo le pedí a Leonora que ni siquiera se la dijera a usted, pero ella insistió. Por lo demás, nadie la sabrá nunca.

—¿Y usted acepta eso? ¿Siempre será el hombre que estuvo en la cárcel por ladrón?

—Texas es lo bastante grande para que podamos encontrar un sitio donde nadie haya oído hablar nunca de Wayne Norton, señora.

—¿Quiere decir... que se va..., que se van... los dos?

—Eso habíamos pensado —murmuró Wayne.

Tía Liz miró a Leonora.

—Pero, querida —suplicó—, ¿dónde estarás mejor que aquí? Podéis quedaros los dos, él podría cuidar de mis cosas...

—Ya se lo sugerí, tía Liz, pero él prefiere empezar de nuevo... otra vez.

—Y te vas con él.

—Te visitaremos con alguna frecuencia. Y tú también a nosotros, espero.

—Oh, sí, pero... ¡Bueno! ¡Al menos podríais casaros aquí!

Wayne Norton y Leonora pronto, los dos se echaron a reír.

—¿He dicho algo gracioso?

—Ya soy su mujer, tía Liz.

—¿Desde cuándo? —exclamó la dama.

—Oh, pues... Bueno; no te lleves un soponcio, pero la verdad es que desde la primera noche que... ¿Comprendes?

FIN